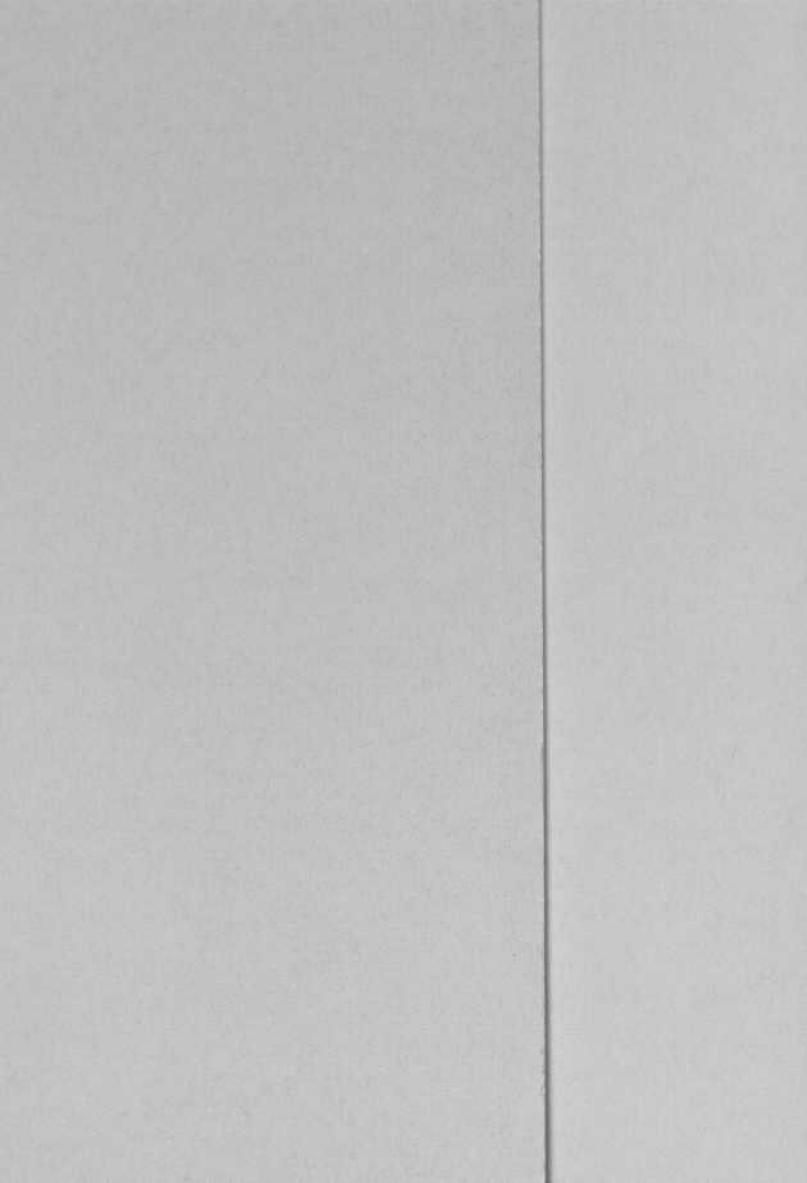


BREVIARIO  
DE  
MIO CID



EDICIONES DE LA  
VICESECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN POPULAR  
MADRID - MCMXLII



BREVIARIO DE MIO CID

et. 25632  
c. 1019103



BREVIARIO  
DE  
MIO CID



EDICIONES DE LA  
VICESECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN POPULAR  
MADRID - MCMXLII

R. 29996

BIBLIOTECA  
de  
ALTO CIB

# LO QUE OCURRIÓ







## Alfonso VI.

Reune Alfonso VI —1072-1109— los Estados que Fernando I, su padre, había tan desafortunadamente dividido. Incorporación trabajosa, desagradable y ardua, mas esencial para el futuro de España. Ganó el rey a Toledo el 25 de mayo de 1085, importantísima hazaña en su doble valor estratégico y simbólico. Y pudo, desde entonces, titularse en los diplomas el hábil monarca: "*Toletanus imperator*", expresión del justo orgullo provocado por la incorporación a sus reinos de la antigua capital unitaria e imperial de los visigodos.

Fué un gran rey Alfonso, pero un mal señor. Dió su sangre en el rudo pelear por la cristiandad y por sus reinos, y perdió en la lucha a su único hijo varón, el príncipe Sancho, que, a pesar de sus pocos años, supo morir en Uclés. Mas fracasó Alfonso totalmente en la desdichada batalla de Sagrajas —1086—, ante la novísima táctica de las fuerzas almorávides desarrollada por los generales lamtunas de Yúsuf ben Texufín, el gran emir. Y fué derrotado el monarca por no querer valer-se del Cid, el único caudillo cristiano que no fué arrollado por la estrategia almorávide. Fué, pues, Alfonso VI, un personaje extraño y paradójico que no supo mirar hacia lo alto y resignarse a permitir el decisivo y victorioso caudillaje del Cid en la lucha por la Reconquista. Hábil, sinuoso, ameno, valiente y agraciado, Alfonso era hartó egoísta para no ser envidioso y no sentirse rozado por la superioridad ajena, mezquino y vulgar sentimiento que le hizo escoger, como inmediatos colaboradores, a cortesanos chirles como el conde de Nájera, García Ordóñez. Tuvo este rey de Castilla y de León una vida familiar demasiado emmarañada y frondosa. Y acaso el batallar con sus cinco mujeres legítimas, y sus múltiples concubinas, menguara arrestos y virtudes al señor rey don Alfonso VI, “emperador de las dos religiones”.

## Los hechos del Cid.

Hacia 1060, cuando Rodrigo tenía unos diecisiete años, el infante Sancho —“Fuit homo formosus nimis et miles strenus”, goza el seco cronicón de Pelayo—, hijo de Fernando I y futuro rey de Castilla, lo armó caballero. Interviene ya el mozo en la victoria de Graus, a los veinte años, y en la toma de Coimbra a los veintiuno.

Muerto Fernando I, y ya Sancho rey de Castilla, el joven monarca distingue continuamente a Rodrigo. Lo eleva a la situación de príncipe de toda su hueste en el cargo de portaestandarte. Es ya, pues, Rodrigo el “armiger regis” de los diplomas, el alférez de Castilla en buen romance. Que Castilla, siempre innovadora y pujante, supo escoger jóvenes ímpetus mantenedores de su recia enseña.

Tendría entonces Rodrigo unos veintitrés años. Función propia de su cargo fué el sostener un duelo judicial, motivado por discusiones territoriales, con el caballero navarro Jimeno Garcés. Victorioso el castellano, fué, desde entonces, llamado *Campi-Doctor*, Campeador, es decir, vencedor. Somete a Zaragoza y se encuentra ante Zamora cuando la traición de Vellido Adolfo acaba con la impetuosa y joven vida de Sancho II. Recibe, después, Rodrigo, según las fuen-

tes juglarescas; el famoso juramento de Alfonso VI en Santa Gadea. Vasallo ya de este rey, contrae matrimonio con doña Jimena Díaz, asturiana y sobrina del monarca. Más tarde, enojado Alfonso por una incursión que realizó Rodrigo por el reino musulmán, protegido, de Toledo, desterró al adalid en el año 1081.

Se refugia el héroe en Zaragoza y al servicio de su rey moro ejerce sobre éste una especie de protectorado. A su vez, en ese curioso tinglado de la España medieval, el rey moro de Lérida sufría la protección del conde Berenguer Ramón, el Fratricida. Ambos protectores lucharon, aprisionando el Cid al Conde de Barcelona.

Vuelto Rodrigo a la gracia de su rey, Alfonso le otorga algunas donaciones. Mas las intrigas cortesanas encontraron terreno abonado en la sorda y permanente envidia del rey, quien desterró al héroe nuevamente, prendiendo a su mujer y a sus tres hijos, aún niños, y confiscando, además, sus riquezas y heredades. Pelea el Cid de nuevo contra el rey moro de Lérida y vuelve a hacer prisionero a su protector el conde barcelonés. Este, habiendo probado la generosidad y cortesía de su vencedor, tuvo el gesto inteligente y práctico de cederle su protectorado, ligándose a Rodrigo con una buena amistad.

La actividad bélica del Cid apunta entonces hacia un gran objetivo, sometiendo el guerrero el litoral va-

lenciano. Hay todavía un nuevo intento de reconciliación con Alfonso, debido a la intervención de la Reina de Castilla, acercamiento que fracasa estruendosamente. Purga el Cid la tristeza que le producen las injusticias de su señor—"¡Dios, qué buen vasallo si hubiese bien señor!"—, saqueando el condado de su constante enemigo García Ordóñez, quien juzgó más sano no defender sus dominios.

Vuelto a Levante, y tras afortunadas y hábiles operaciones estratégicas preparatorias, gana el Cid a Valencia, el jueves 15 de junio de 1094. Y unos meses después se produce el milagro táctico. El ejército invicto de Yúsuf ben Texufín, el emir-al-mumenín almorávide, es derrotado por primera vez en España en la batalla de Cuarte. Ciento cincuenta mil jinetes y tres mil peones dirigidos por el sobrino del emir, Mohámmad, fueron increíblemente arrollados en una tremenda salida de la escasa hueste cidiana, que recogió un copiosísimo botín. Se repite el milagro años más tarde, en Bairén y en circunstancias francamente desfavorables para el Cid y sus mesnadas. Oscura y atractiva incógnita militar la de estas derrotas de un ejército invicto que ante el Cid fracasaba en la sorpresa de su táctica de masas. Y obra exclusivamente cidiana, ya que una de las divisiones del Campeador fué deshecha en Alcira, poco después de Bairén, mientras el Cid se hallaba en su ciudad de Valencia.

Almenara y Murviedro, el famoso castillo, ganados por Rodrigo en los últimos años de su vida, afirmaron sus dominios levantinos, tan recios y seguros que, ocurrida su muerte—1099—, doña Jimena, su viuda, pudo sostenerlos contra los ataques almorávides cerca de tres años.

### Rodrigo Díaz de Vivar.

Roderico Didaz, Senior Rodrico Didaz, Ruderico Didaz, Rudedigo Didaz, Rudericus Didaz castellanus. Ego Ruderico... El nombre del héroe se realiza así en el rastro emocionante del cartulario cidiano. En los diplomas, donaciones, actas, pleitos, etc., de su época y de su circunstancia supervive la constante huella de su inquieto y animoso vivir. Su solar, sus abuelos, sus padres, su cónyuge, sus hijos, todo es realidad hecha entraña de nuestra historia, tendencia de nuestro sentir, que “a todos alcanza ondra por el que en buen hora nació”.

Caudillo de los audaces caballeros de la “belatrix Hispania”, “invictissimus princeps”, Campeador, dueño y señor de todas las batallas, terror de almorávides—“Exercitus mohabitarum nimis pavens nocte per umbras fugit”, afirma la *Historia Roderici*—. “Yo non me aparto con mujeres, nin a cantar, nin a beber,

como facien vuestros señores”, reprueba el Cid en la aljama de Valencia, refiriéndose a los reyes musulmanes andaluces. “Sabidor en derecho”, insuperable táctico, admirado jefe, magnífico organizador, enérgico y constante en el dirigir sus propósitos. Abenbassam, el cronista musulmán enemigo, escribe, diez años después de muerto el héroe: “... hinchió de espanto los corazones. Sin embargo, este hombre, azote de su época, fué, por la habitual y clarividente energía, por la viril firmeza de su carácter y por su heroica bravura, un milagro de los grandes milagros del Señor”.

“Yo soy hombre que nunca tuve un reino—recoge Abenalcama, otro enemigo suyo, palabras del Cid en Valencia—ni nadie de mi linaje lo ha tenido; pero desde el día que a esta villa vine, siempre me pagué de ella, la codicié y rogué a Nuestro Señor Dios que me la diese. Y ved cuál es el poder de Dios—señala el hérote a los moros valencianos—; el día que yo llegué para sitiar a Yúballa no tenía más que cuatro panes, y me ha hecho Dios tal merced que gané a Valencia y soy de ella dueño. Pues ahora, si yo obrare en ella con justicia y encaminare a bien sus cosas, Dios me la dejará; mas si obro mal, con soberbia y torcidamente, bien sé que me la quitará....” No era hombre de palabras Rodrigo Díaz, sino de hechos; mas al hablar sabía expresar honrada y limpiamente la claridad de su sentir. Mesurado y digno, justiciero y viril, aca-

so se destaque como máxima, en cuanto a emotividad de su contorno, la fidelidad inquebrantable hacia su señor y hacia su Patria que anidara continua en el potente corazón del héroe. La realidad—historia—y la sublimación de la realidad—poesía—se aunan vigorosas en un destacar el riquísimo perfil de esta sorprendente y difícil cualidad. El rey y “la tierra” valen lo mismo para Rodrigo. Es, pues, el Campeador, el único héroe, histórico y poético, que sintiera, en aquellos turbios siglos, la clara llamada de la nacionalidad. “Un Rodrigo perdió a España, pero otro Rodrigo la salvará”, es la frase que hace alentar de esperanza y de fe a los corazones en el trance difícil de la nueva invasión africana. Ni las viles intrigas de los “mestureros”, de los mezcladores de calumnia, ni la mezquina envidia del rey torcieron su noble rumbo: “Con Alfons, mio señor, non querría lidiar.” Y no sólo no lidió nunca con su señor, a pesar de las continuas humillaciones recibidas, sino que bastaba la más mínima insinuación de Alfonso para que el héroe corriera presuroso, olvidando rencores, prendido el ánimo de generoso amor, en socorro de quien él sentía como vértice y símbolo de una unidad histórica de destino, como su natural señor. Atributo genial de fecundas personalidades este borrar particulares roces ante el latir de lo colectivo.

Humilló, pues, el Cid su amor propio en beneficio



de aquella salvación de España que le esperaba. Dió su sangre y su único hijo, que muerto quedó ante Consuegra sirviendo al rey, en la dura lucha contra el invasor. Y, en sus breves descansos, removía en su mente, Rodrigo, proyectos imperiales. Como Isabel, como Cisneros, como toda genuina creación genial de la hispanidad, el Cid miraba hacia el sur, hacia el gran continente que alumbró nuestra raza, hacia esa Mauritania que será nuestra, por justa recuperación de viejo solar, algún día, en un soñar proyectos fundadores de ese Imperio hispano-marroquí que tantas veces se nos olvidó conseguir. En el trance penoso del imperio almorávide—Africa-España—, Rodrigo, seguro y sonriente, soñaba con el Imperio a la inversa—España-Africa—. Que de los hechos del héroe se desprende una curiosa y personalísima política musulmana que refleja, también, con exactitud, el Poema. Ni saquea, ni expolia, ni mata inútilmente el Cid. Atrae a sus enemigos, convive con ellos, les administra en Valencia una justicia ejemplar. Mas no se arabiza con las muelles delicias levantinas.

Solo, sin apoyo alguno, ni estatal ni económico, el héroe opera un cambio sensacional en la Historia de España. Es su gesta el traslado de León a Castilla del núcleo aglutinante de la unidad de la Patria. Es Rodrigo el primero de los caudillos nacionales que Dios

había de conceder a España para salvarla en un hacer de insuperable vanguardia de la catolicidad.

Y en este tratar de ejemplaridad heroica se nos va el pensar, y el querer, hacia el caudillo que nos cabe la máxima honra de admirar y servir. Que poca Historia de España conoce quien no viva el resplandor nacional que envuelve la figura del Caudillo, los antecedentes cidianos y cisnerianos que nutren de auténtica savia hispánica su voluntad y su destino.

# EL POEMA DE MIO CID





Primer monumento de nuestra literatura conocida, importantísimo resto de la poesía heroico-popular castellana, fué copiado, en el año 1307, por Pedro Abat en un manuscrito que, por fortuna, se ha conservado. El original primitivo debió de ser escrito hacia 1140, es decir, medio siglo después, aproximadamente, que el Cantar de Roldán. Dividido, el Poema, en tres cantares —Cantar del destierro, Cantar de las bodas, Cantar de Corpes—, el juglar, anónimo también, sigue fielmente un cauce histórico, unificando, resumiendo ramificaciones en un esfuerzo sintético que hace fluir, clara y simple, a la realidad despojada de accesorias gangas, respetuosa siempre con su propia sustancia.

El elemento histórico posee, pues, casi totalmente al Poema. El geográfico sostiene aún más su realidad en un detallar localista. Y los nombres que aparecen en los sobrios y secos versos del Poema son nombres de cosas que aún existen y de seres que vivieron, no imaginativas creaciones, como la mayor parte de los contenidos en el Cantar de Roldán y en otras gestas carolingias. Poema de fronteras, la gesta cidiana es más un relato que una creación literaria. Y, por ser castellana, rehuye el contagio francés de los elementos ficticios, típicos de las gestas de allende el Pirineo, que sólo roza en una única ocasión. Inspirado, acaso, en su antecedente francés, evidente la inmediata imitación formal, conmueve el alumbrar espontáneo de lo indígena, de lo patrio, que no tolera atavíos ajenos, en el rodar de sus sobrios versos, limpios de todo halago egoísta y preconcebido. Como en todas las grandes creaciones hispanas, se asiste, en el Poema, a un nacer de sí mismo, en el desbordarse de todo cauce normativo y estrictamente cerebral, en pasión de realidad, de hechos que fueron, de rastros y sentires que son.

Se prohíbe, pues, nuestro juglar todo efectismo teatral, todo vigor que no sea fuerza y energía propias. De aquí el signo permanente que señala todo el Poema: su fragante y honda naturalidad. Se prescinde, incluso, de un efecto constante en las gestas europeas,

de un inevitable contraste que viven las epopeyas: la sobrevalorización del traidor, llámese Ganelón o Hagen. Los infantes de Carrión apenas son otra cosa que unos mezquinos y desdichados traidorzuelos que sólo inspiran repugnancia al exhibir escandalosamente su turbio complejo de inferioridad, su mezquina actitud de cobardes resentidos. Huelgan a Mio Cid resplandores propios para que el juglar sienta la necesidad de destacar su recio contorno a fuerza de sombras. El traidor, el "malo", ha sido siempre tratado en nuestro arte y en nuestra literatura con gran debilidad, con una curiosa y sintomática astenia técnica y emotiva. Porque el pícaro y la ramera, que tantas plumas hispanas ocuparon, valen personalidades desarticuladas y torcidas por la miseria ambiental, y los bobos y engendros, que fueron martirizado logro de pinceles maestros, se rezuman de trágica pesadilla, de sorda pesadumbre, que muestra lo feo porque, precisamente, no se resigna a la existencia de lo feo. Mas el traidor no fija jamás un auténtico crear hispano, impotente en la absorción de la pura y simple maldad.

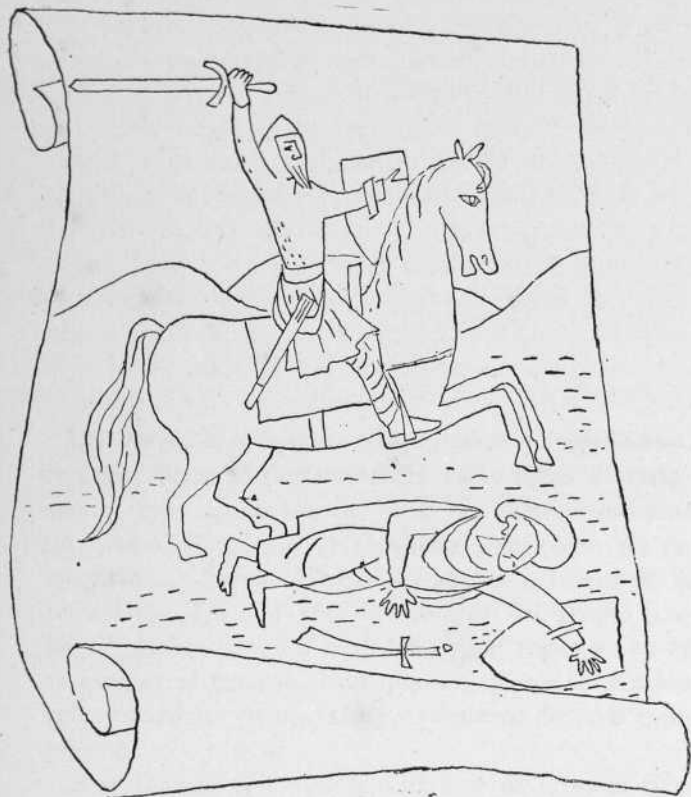
Aspero de forma, maestro en cuanto a técnica dramática, a hondura psicológica, a matización íntima y sustanciosa, que exhibe sin narrar, cara a cara con un público que era oyente en plazuela castellana, no lector en muelle biblioteca, el Poema, clavado siempre a la carne viva de los pueblos, con parca y genial pin-

celada, posee ternuras inmanentes, riquísimos sentimientos propios y el goce perfecto de un tema familiar, auténticamente humano, que trasciende universalidad por la sustancia de su hondo intimismo.

El Cantar de Roldán, tipo de gestas carolingias, se fija sobre unas cuantas imágenes estereotipadas, lacias y monótonas, sobre las que el juglar vierte toda la savia de su técnica estruendosa y sugestiva. El Poema de Mio Cid es un extenso y complejo retablo medieval, siempre vario y cambiante, preñado en todo momento de realidades generosas, de amores auténticos y de sorprendentes lealtades. Como toda creación enraizada en la auténtica entraña de España, la obra se hace vida y sangre, y el héroe protagonista se independiza del autor en un recrearse a sí mismo. Mio Cid el de Vivar es la esencia misma del Poema, y el juglar anónimo se pierde generosamente tras la sombra gigante de su viva creación.



# TEXTOS Y CLAVES





Un breve, mas hondo, acotar temas y expresiones, es decir, ideas y realización de estas ideas literariamente, escenográficamente casi, en algunos momentos, podrá ofrecernos el resultado provechoso de un espontáneo y simple aflorar del auténtico héroe, de la actitud de Mio Cid ante la realidad del propio ambiente. Aislemos, pues, recordado ya el fugaz guión de su génesis, el gustoso fruto que nos ofrece la creación épica castellana en un esfuerzo vigoroso de total comprensión.

Ruy Díaz de Vivar, Mio Cid, flor de la vieja Castilla, espejo de leal y generoso adalid; tal, y solo, como

lo creó el anónimo juglar; tal, y solo, como lo perfila y dibuja genialmente el lento rodar de los ásperos versos del poema. Queremos sentirlo así, desnudo ante nuestra más íntima sensibilidad, virgen de erudición y de espesura ajena.

Hemos tratado de conservar incluso la magnífica sequedad formal y técnica de sus versos, mientras exhibíamos textos breves. Al exponer escenas largas y complicadas, de las que nos interesa extraer el fondo, más que gozar la difícil y arcaica forma, excesivamente penosa para los inexpertos, a quienes se dirige esencialmente este intento de interpretación histórica, utilizamos una versión conocidísima en romance, en la que nos hemos permitido suprimir algunos atributos también harto literarios que estorbaban nuestro puro sentir.

## TONO AMBIENTAL

## Paisaje y color.

*Poema 1.*

Mio Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado,  
allí deja sus palacios yermos y desheredados.  
Sus ojos fuertemente van llorando,  
tornaba la cabeza y se quedaba mirándolos.  
Vió las puertas abiertas y los postigos sin candados,  
las perchas vacías, sin pieles y sin mantos,  
y sin halcones y sin azores mudados.  
Suspiró Mio Cid, que tenía grandes cuidados.  
Habló Mio Cid, bien y tan mesurado:  
"¡Loor a Ti, Señor Padre, que estás en lo alto!  
A esto me han reducido mis enemigos malos."

*Poema 2.*

Ya espolean a los caballos, ya les sueltan las riendas.  
Cuando salen de Vivar, ven la corneja a la diestra:  
y al entrar en Burgos viéronla a su siniestra.  
Meció Mio Cid los hombros y sacudió la cabeza:  
"¡Albricias, Alvar Fáñez, nos han echado de la tierra,  
mas con gran honra tornaremos a Casti[e]lla!"

*Poema 12.*

Estas palabras dichas, la tienda es recogida.  
 Mio Cid y sus mesnadas cabalgan con prisa.  
 Vuelve el Cid su caballo hacia Santa María,  
 alzó su mano diestra, la cara se santigua:  
 "¡A ti agradezco, oh Dios, que cielo y tierra guías;  
 válganme tus virtudes, gloriosa Santa María!  
 Me marchó de Castilla, que al rey tengo con ira,  
 no sé si volveré a ella en todos mis días.  
 Vuestra virtud me valga, Gloriosa, en mi salida,  
 y me ayude y me acorra de noche y de día" .....

*Poema 14.*

Aprisa cantan los gallos y quebrar quiere el albor,  
 cuando a San Pedro llega el buen Campeador:  
 El abad Don Sancho, muy buen cristiano de Dios,  
 rezaba ya los maitines apenas el alba rompió.  
 Allí estaba Doña Jimena, con cinco dueñas de pro,  
 rogándole a San Pedro y el Creador:  
 "¡Tú que a todos guías, vale a Mio Cid Campeador!"

*Poema 23.*

Ya quiebran los albores y viene la mañana,  
 salía el sol, ¡Dios, qué hermoso asomaba!  
 En Castejón todos se levantaban .....

*Poema 112.*

Estaba el Cid con los suyos en Valencia la mayor,  
y con él ambos sus yernos los infantes de Carrión.  
Echado en un escaño dormía el Campeador,  
mal acontecimiento, sabed, les ocurrió:  
escapóse de la jaula y desatóse el león.  
Al saberlo por la corte un gran espanto cundió;  
embrazan sus mantos los del Campeador  
y el escaño rodean, protegiendo a su señor.  
Fernán González, el infante de Carrión,  
no encuentra donde esconderse, todo cerrado lo halló;  
metióse bajo el escaño, tan grande fué su pavor.  
El otro, Diego González, por la puerta salió,  
gritando a voz en cuello: "No veré ya a Carrión."  
Tras una viga lagar metióse con gran pavor;  
el manto y el brial muy sucios los sacó.  
En esto, despertóse el que en buen hora nació;  
ve cercado el escaño por tanto buen varón:  
"¿Qué es esto, mesnadas? ¿Qué hacéis aquí alrededor?"  
"¡Oh, señor honrado, buen susto nos dió el león!"  
Se incorpora Mio Cid y presto se levantó,  
sin quitarse ni el manto, va hacia el león;  
cuando el león lo vió mucho se atemorizó,  
baja ante el Cid la cabeza, por tierra la cara hincó.  
Mio Cid Don Rodrigo, por el cuello lo cogió,  
como quien lleva a un caballo en la jaula lo metió...

## Clave.

Reléanse de nuevo los textos citados, obsérvese la llegada de Mio Cid a San Pedro de Cardaña (Poema 14). Todo se rompe, todo se funde en la riquísima copela del querer de doña Jimena, que ruega, con el alma, a Dios por su esposo. *No puede*, no sabe el juglar fronterizo de intelectuales sutilezas, de técnicas efectistas, tan prodigadas y primorosas en otras gestas. ¡Mas cómo expresa el sentir del hombre en el tema hondo y sobrio del destierro! Allá quedan los palacios vacíos y desheredados, las perchas sin prendas que mostrar, sin halcones ni azores preciados—pasado ya el trance de la muda—que sustentar. Y las puertas abiertas, y los postigos sin candados, en esa tristeza penosísima de las cosas que se hicieron carne con el contacto de la carne y que uno deja, de pronto, perdidas, yermas de calor y de presencia. Y el gesto digno y valeroso ante la momentánea impresión de los malos agujeros, y la plegaria, sencillísima y breve, del héroe a Santa María al abandonar Burgos.

No es posible hacer aflorar con más limpieza y lealtad creadora la profunda emoción de un auténtico padecer, de una vital encrucijada, en la que el Cid se muestra magníficamente humano. Por eso, el dolor



de Mio Cid el de Vivar es un dolor que se hace nuestro en aquella triste y valerosa salida de Castilla la gentil, destierro que no suscita en el que en buen hora nació ni un rencor, ni un mal gesto de justificada soberbia contra quien, encendido en ira, lo apartaba de la amada tierra.

## Lujo, presentes, botín.

### *Poema 6.*

Habló entonces Mio Cid, que en buen hora ciñó espada:  
"¡Oh buen Martín Antolínez, el de la valiente lanza!  
Si yo vivo, doblaros he la soldada.  
Ahora ya tengo gastado todo mi oro y mi plata;  
bien veis, Martín Antolínez, que ya no me queda nada.  
Plata y oro necesito para toda mi compañía .....

### *Poema 11.*

Entonces Raquel y Vidas allí a un lado se apartaron:  
"En verdad que esta ganancia él es quien nos la ha buscado".  
Dicen: "Martín Antolínez, burgalés bien afamado,  
merecido lo tenéis, os daremos buen regalo,  
calzas os podréis comprar, buena piel y rico manto.  
La donación os hacemos, Don Martín, de treinta marcos; ...

*Poema 23.*

De la correría aquella mucho botín se llevaban,  
 tanto ganado de ovejas, tanto ganado de vacas,  
 tantas ropas de valor, tantas riquezas sin tasa .....

*Poema 40.*

El campamento enemigo los del Cid han saqueado,  
 armas, escudos, riquezas muy grandes han encontrado.  
 Los hombres de Mio Cid que en el campamento entraron,  
 de los moriscos encuentran quinientos diez caballos.

.....  
 "¡Oíd Minaya Alvar Fáñez, vos que sois mi diestro brazo!,  
 de todas estas riquezas que el Creador nos ha dado  
 cuanto para vos queráis cogedlo con vuestra mano.  
 Para que se sepa allí, quiero a Castilla mandaros  
 con nuevas de esta batalla que hemos ganado;  
 al rey Alfonso, al que me ha desterrado,  
 quiero hacerle donación de treinta buenos caballos,  
 cada uno con su silla y muy bien enfrenados,  
 y con sendas espadas de los arzones colgando" .....

*Poema 41.*

"Aquí tenéis oro bueno y plata fina,  
 una bota llena, bien colmada hasta arriba,  
 en Santa María de Burgos pagaréis las mil misas

y lo que os sobre dadlo a mi mujer y a mis hijas;  
que rueguen por mí en las noches y en los días,  
que si vivo han de ser dueñas ricas" .....

*Poema 63.*

Ido el conde, da la vuelta el de Vivar,  
juntóse con sus mesnadas y muy alegre que está  
de la ganancia que han hecho, maravillosa y sin par,  
tan ricos son los suyos que no pueden ni su riqueza contar.

*Poema 68.*

Grandes ganancias ha hecho Mio Cid el de Vivar,  
todo aquel campo saquean, luego se vuelven atrás .....

*Poema 74.*

Grandes son las alegrías que van por aquel lugar,  
cuando Mio Cid ganó a Valencia y entró en la ciudad.  
Los que luchaban a pie son caballeros ya;  
los otros haberes, ¿quién los podría contar?  
Todos eran ricos, cuantos con Mio Cid están.  
Mio Cid Don Rodrigo su quinto mandó tomar,  
en dineros acuñados treinta mil marcos le dan .....

*Poema 77.*

"A nuestro rey Don Alfonso, que es mi señor natural,  
de estas ganancias que hemos hecho por acá,

darle quiero cien caballos, ídse los vos a llevar" .....  
 .....  
 A San Pedro de Cardeña, mil marcos manda llevar .....

*Poema 83.*

Quinientos marcos dió Alvar Fáñez al abad,  
 y los otros veréis en qué los quiso emplear:  
 Minaya a Doña Jimena, a sus hijas y además  
 a todas aquellas damas que acompañándolas van,  
 el bueno de Minaya pensólas adornar  
 con las mejores vestiduras que en Burgos pueda hallar .....  
 .....  
 Una gran comida a todos aquella noche les da .....  
 .....  
 Muy de prisa que montaron, no se querían tardar,  
 cien caballos salían, todos de muy buen mirar,  
 en caballos muy hermosos con cubiertas de cendal  
 y petral de cascabeles; con escudo al cuello van,  
 sendas lanzas en las manos, con su pendón cada cual.  
 Quiere Alvar Fáñez que vean cómo se sabe portar  
 y cómo trata a las damas que a Castilla fué a buscar .....

*Poema 84.*

Ya se entra en Molina, villa rica y bien poblada;  
 allí el moro Abengalbón les sirve y nada les falta.  
 De todo lo que quisieron no echaron de menos nada  
 y las mismas herraduras el moro las costeaba.  
 A las damas y a Minaya, ¡Dios, cómo los honraba! .....

*Poema 95.*

Desde Cullera se vuelve Mio Cid, el bienhadado,  
muy alegre del botín tan grande capturado .....  
.....  
Mesnadas de Mio Cid saqueando han el campo  
y entre el oro y la plata hallaron tres mil marcos .....  
.....  
La tienda del rey de moros, la más rica que encontraron,  
dos postes la sostenían que de oro están labrados .....  
.....  
"Tal tienda como ésta, que de Marruecos ha pasado,  
enviarla quiero a Alfonso el Castellano.  
Así verá cómo es cierto que el Cid va medrando algo." .....

*Poema 96.*

"Mañana, al romper el día, habéis de marchar sin falta,  
con caballos de esta quinta que me tocó en la ganancia,  
todos con sillas y frenos, todos con sendas espadas;  
por amor de mi mujer y mis hijas adoradas,  
por habérmelas mandado adonde ellas deseaban,  
estos doscientos caballos al rey el Cid le regala,  
que no piense el rey Alfonso mal del que en Valencia manda."...

*Poema 103.*

¿Quién vió nunca por Castilla tanta mula preciada,  
tanto hermoso palafrén de buen aire y buena marcha,  
caballos tan bien criados y corredores sin falla,

tanto vistoso pendón colocar en ricas astas,  
 tantos escudos blocados con bloca de oro y de plata,  
 mantos y pieles y buenos cendales de Andria? .....

*Poema 106.*

Dijo el Cid: "Rey Don Alfonso, señor mío tan honrado,  
 en recuerdo de estas vistas, quered aceptarme algo.  
 Traigo treinta palafrenes, todos bien enjaezados,  
 treinta caballos ligeros, todos muy bien ensillados;  
 aceptadlos y dejadme besar vuestras manos" .....

*Poema 111.*

Se comenzó entonces a adornar todo el palacio.  
 paredes y suelo con tapices se taparon,  
 tanta púrpura, tanta seda y tantos paños preciados.  
 ¡Cuánto gusto os daría comer y estar en el palacio! .....

Quince días bien cumplidos aquellas bodas duraron  
 y al cabo de ellos empiezan a marcharse los hidalgos.  
 Mio Cid Don Rodrigo, el bienhadado,  
 entre mulas, palafrenes y corredores caballos,  
 lo menos un centenar de bestias ha donado;  
 mantos y pellizas y otros vestidos preciados,  
 sin tener en cuenta el dinero acuñado .....

*Poema 119.*

Todas aquellas ganancias a Valencia ya han llegado,  
 alegre está Mio Cid con todos sus vasallos,  
 a cada cual le tocó de ración seiscientos marcos .....

*Poema 124.*

"Llevadlas y de algo mío yo las haré donación,  
vosotros disteis por arras unas villas de Carrión,  
yo quiero darlas ahora tres mil marcos de valor  
y mulas y palafrenes que de buena talla son  
y unos veloces caballos de montar para los dos,  
y trajes y vestiduras de oro y seda en profusión. ....

*Poema 137.*

No tarda mucho en vestirse el que en buen hora nació:  
calzas de muy buen paño sobre sus piernas metió,  
se pone encima zapatos que tienen mucha labor.  
Vistió camisa de hilo, tan blanca era como el sol,  
de buen oro y plata buena todas las presillas son,  
muy bien se le ajusta al puño, que él así lo encargó.  
Rico brial de brocado encima se colocó,  
de sus labores de oro bien relucía el fulgor.  
Sobre esto una piel bermeja, las bandas de oro son,  
que siempre llevaba puesta Mio Cid el Campeador .....

**Clave.**

Vive el Poema toda la sobria sequedad, todo el simple y claro vigor de Castilla. La manifiesta preocupación económica hace del tema del botín un eje perma-

nente de la gesta cidiana. Y nacen de sus versos todos los detalles, las dificultades todas de una existencia dura y penosa que se intenta superar por medio de un tremendo esfuerzo, nutrido de normal ambición y de perfectos anhelos de renombre.

Algunos momentos son tan abundantes en fresca y risueña ingenuidad que conmueven por lo espontáneos y sencillos. Las calzas que los judíos Raquel y Vidas se deciden a regalar, como comisión, al honrado burgalés Martín Antolínez; el cuidadoso y satisfecho notar que el señor de Molina, el simpático Abengalbón, para más honrar a sus huéspedes—familia y cortejo del Cid—, hasta les costeaba las herraduras nuevas que fuera necesario reponer en los caballos; y, especialmente, aquel gozoso grito que cierra la descripción del adornar del palacio valenciano, con ocasión de las bodas de las hijas del Cid: “¡Cuánto gusto os daría comer y estar en el palacio!” Comer en aposentos entapizados, estar entre muelles regalos ópticos de sedas y de púrpuras.

Impresiona, por la escondida pobreza que este sorprenderse revela, todo el amplio desarrollo del tema económico en la gesta cidiana. Ni una exageración en los presentes, ni una deformación suntuaria de los atuendos. El lujo que conoce el Poema es un poco ese lujo que cohibe y asusta al discreto que lo exhibe y goza; es un poco ese suntuario disfrute de los “nue-



vos ricos", que tanto sudor vale y representa casi siempre, y que tan soezmente ha sido, por rutina, interpretado.

Cuando el juglar intenta deleitarse en exhibiciones de riqueza, se le tuerce siempre su intención hacia el hombre, hacia el héroe. Valga, como ejemplo, el vestirse del Cid para acudir a las cortes de Toledo. Toda la sustancia de la descripción se halla vivísima en ese verso curioso y aleccionador para el que intente adentrarse por las raíces del Poema: "muy bien se le ajusta el puño, que él así lo encargó". Que hasta la más externa descripción ha de centrarse, en el Poema, sobre un valor humano, sobre un desear subjetivo de la voluntad del protagonista.

La importancia atribuída al botín, y la ausencia de este detalle, referidos al Poema y a los cantares de gesta franceses, son esencias puras de su creación. Mágico y ameno entretenimiento, las gestas carolingias no necesitan mostrar preocupaciones económicas, no necesitan vivir de algo. Relato total del pelear de un hombre y de su hueste, el Poema señala sin descanso el esfuerzo y el éxito de aquel "ganarse el pan", que, como más adelante veremos, sonara tantas veces en boca del invicto caudillo que era Mio Cid Don Rodrigo, el Campeador leal.



## TONO SOMATICO

*Poema 40.*

Andaba Mio Cid montado en su buen caballo,  
fruncida la cofia, ¡Dios, cómo es bien barbado!;  
echaba atrás la capucha y con la espada en la mano .....

*Poema 81.*

Don Alfonso el castellano de misa estaba saliendo,  
cuando he aquí a Minaya Alvar Fáñez que llega tan apuesto...

*Poema 95.*

..... con cien caballeros en Valencia ha entrado,  
la cofia lleva caída, pues se había desarmado;  
así entró sobre *Babiaca*, la espada en la mano .....

*Poema 114.*

Mio Cid Don Rodrigo, sonriendo salió:  
"Dios os salve, mis yernos, infantes de Carrión;  
en brazos tenéis mis hijas, tan blancas como el sol" .....

*Poema 119.*

Mio Cid Ruy Díaz, el Campeador afamado,  
con las dos espadas que él preciaba tanto,  
por el campo de batalla venía galopando,  
la cofia fruncida, el almófar desatado .....

*Poema 137.*

Todos los que hay en la corte contemplan al Campeador,  
y aquellas barbas tan luengas cogidas con el cordón;  
en apariencia y en obras era todo un varón .....

*Poema 147.*

Asur González entraba por palacio,  
con un manto de armiño y el brial arrastrando.  
Viene todo bermejo, pues ya había almorzado .....

*Poema 149.*

Allí se quitó el capillo Mio Cid el Campeador,  
la cofia de hilo, fina y blanca como el sol,  
ya se soltaba la barba, desatándose el cordón.  
En la corte todo el mundo de mirarle no se hartó. ....

**Clave.**

Satisfacen los anteriores textos la intención de señalar una nueva actitud opuesta en el crear poético del juglar castellano, referida hacia los juglares ultrapirenaicos. Se halagan los juglares carolingios, por ejemplo, con primores somáticos, con notas de corpóreas perfecciones, de agradables atributos físicos. Ya no es sólo el héroe quien posee toda la gallardía, la apostura más gentil que imaginar se pueda. En el Cantar de Roldán hasta los traidores son bien parecidos, hasta el enemigo posee somáticos atributos, encantadores o pavorosos. La descripción corpórea del gran emir Baligán merece ser releída. Y Ganelón, el traidor, es, siempre, cuidadosamente detallado en su externa apariencia.

Caballeros, adalides, héroes y traidores se concretan en una realidad somática que no se enturbia ni un solo instante. Es ésta, pues, una permanencia que posee el signo auténtico de lo subconsciente. Algún detalle no captado en el leer indiferente, o poco iniciado, puede hacernos gustar el intenso sabor de toda una actitud ante la vida, de una manera de ser que, expresión de un valor colectivo, se hace clave histórica en un inductivo fluir típicas preferencias. ¡Aque-

llas manos del arzobispo Turpín! Aquellas manos blancas y pulidas, ya muertas, frías y afinadas por la huida de la vida, que Roldán colocara armoniosamente sobre el pecho del belicoso prelado, valen un perfecto, un genuino florecer de la estética francesa, tan asonante y cuidadosa en cuanto a forma, método y apariencia. ¡Y cómo se le escapa al juglar, con todo el brío de lo subconsciente, la norma erótico-sentimental, viva y perenne de la sociedad en la nación vecina!: “Por su gran gentileza las damas le son amigas, y ninguna hay que, al verlo, no sonría y se le brinde placentera”, nos asegura refiriéndose a su héroe. Vale la pena, y no es tiempo perdido, sino ahorrado, el que se emplee en penetrar por la calicata que significan estas palabras. Es todo el subsuelo que sostiene a la literatura francesa, el típico filón del “amor” francés, el ser todo de Francia, al que se llega por la recta vía que vale la acotada frase.

Apenas es posible extraer del Poema de Mio Cid unos cuantos versos que posean detalles corpóreos, es decir, una intención somática. Y fácil resulta hacer notar, ante los escasos textos hallados, cómo se desvía, nada más iniciado, el rumbo del autor hacia un valor que, de somático, se hace bruscamente moral. Todos los intentos estéticos del juglar cidiano—observamos una vez más—están definitivamente condenados al fracaso. Todo se le hace carne y latido, hon-

dura psíquica, valor y dignidad, emoción y ternura de familiares querencias. Y recios perfiles exteriores se ponen al servicio de lo interno, especialmente cuando se le goza el alma al autor en el tratar del caudillo, en esa insistencia que le obliga a mostrarlo en el momento inmediatamente posterior a la batalla, recién desarmado, con la cofia fruncida, mostrando el noble rostro todavía enfebrecido por el pelear, caída sobre las espaldas la capucha de la loriga, los cabellos libres del pesado yelmo, la lengua barga conmovida por la alegre risa y el recio hablar del pasado combate; seguro, el héroe, llano, satisfecho de sí y de sus mesnadas.....

No se pierde, pues, no, el anónimo juglar en espesuras narrativas. Una técnica estilística, rápida, enérgica, de dramatización casi escénica, lo arrastra siempre hacia el hombre, hacia el alma del hombre, que exhibe hablando, es decir, de frente, no ciñéndola a fuerza de descripciones. Bajo una sequedad aparente de la forma poética, el Poema ofrece un auténtico retablo de matizaciones psicológicas conseguidas mediante el primor de una certera pincelada, que ofrece el hecho vivo, no la narración del hecho. Sin estruendos, sin fantasmagoría, la gesta cidiana vale el teatro del instante, la misma vida del momento, captada genialmente con jugosa sencillez, mas con maestría, incluso estilística, insuperable.

Y para que la vida sea vida y no falso retrato, alegra con frecuencia este ambiente seco y severo más de un rasgo socarrón e irónico, dedicado a los tristes infantes de Carrión, o a aquel Asur González hermano, que, bermejo y abotargado tras el copioso almuerzo, penetra por el palacio con un manto de armiño y el brial arrastrando.





## TONO PSIQUICO

*Poema 5.*

Martín Antolínez, el burgalés cumplido,  
a Mio Cid y a los suyos los surte de pan y vino .....

*Poema 9.*

Llegó Martín Antolínez, entendido y cauto .....

*Poema 11.*

Martín Antolínez, un burgalés afamado .....

*Poema 18.*

Habló Mio Cid, de toda voluntad:  
"Yo ruego a Dios y Padre Espiritual  
que a los que por mí dejáis vuestra casa y heredad,  
antes que yo perezca algún bien os pueda otorgar;  
lo que perdéis doblado lo habréis de cobrar." .....

*Poema 22.*

“¡Dad, temprano, la cebada, así el Creador os salve!  
 Quien quiera que coma; y quien no, que cabalgue .....

*Poema 34.*

Habló primero Minaya, caballero de fiar .....

*Poema 42.*

A las bestias dan cebada, la noche se había entrado,  
 Mio Cid habla a los suyos, que a todos los ha juntado:

*Poemas 47 y 48.*

Díjole entonces el rey: “Aún muy poco tiempo pasa  
 para que un desterrado, que del rey perdió la gracia,  
 pueda volver a acogerse al cabo de tres semanas .....

Minaya, con todo esto algo me queda que hablar:  
 de todo mi reino los que quieran marchar,  
 buenos y valientes, para Mio Cid ayudar,  
 libres los dejo y prometo no confiscar su heredad.”

Minaya Alvar Fáñez las manos le fué a besar:

“¡Gracias, gracias, mi rey, como a señor natural!

Esto concedéis ahora, otra vez cederéis más .....

*Poema 49.*

Allí estuvo Mio Cid, cumplidas quince semanas;  
cuando observó el prudente que se tardaba Minaya,  
con todos los que le siguen de noche se puso en marcha: .....

*Poema 54.*

Sonrióse Mio Cid, que no lo pudo ocultar:  
"Oídme, caballeros, voy a hablaros de verdad .....

*Poema 74.*

Esto dijo Mio Cid, el Campeador leal .....

*Poema 79.*

¡Dios, entre aquellos cristianos había gran regocijo  
de que en tierras de Valencia tuviesen señor obispo! .....

*Poema 82.*

Hablaba Minaya, el esforzado varón .....

*Poema 83.*

..... y así como oiréis ahora, así comenzaba a hablar:  
"Quien buen mandadero envía, tal razón debe esperar.

Tú, Muño Gustioz, y tú, Pedro Bermúdez, marchad,  
 con Don Martín Antolínez, ese burgalés leal,  
 y el obispo Don Jerónimo, sacerdote de fiar .....

“Son fuerzas del Campeador que nos vienen a encontrar.  
 Ved aquí a Pedro Bermúdez, que se quiere adelantar,  
 y también a Muño Gustioz, que os quieren sin engañar,  
 y a Martín Antolínez, el de Burgos natural,  
 y el obispo Don Jerónimo, ese clérigo leal .....

*Poema 86.*

“Vos, Doña Jimena, querida mujer y honrada,  
 y mis dos hijas, mi corazón y mi alma .....

*Poema 102.*

Sonrióse Mio Cid y bien los abrazó:  
 “Alvar Fáñez Minaya, Pero Bermúdez, ¿sois vos?  
 En pocas tierras se encuentra varones como estos dos .....

*Poema 131.*

Entonces con el sombrero que lleva Félez Muñoz  
 —nuevo, y recién estrenado, de Valencia lo sacó—,  
 de la fuente coge agua y a sus primas se la dió;  
 muy lastimadas estaban y de beber las hartó.

*Poema 149.*

“Yo soy Alvar Fáñez, para todo el mejor” .....

**Clave.**

Difícil es aislar, por no decir imposible, el tono psíquico de cualquier creación literaria o artística. Es esta tensión del ánimo tan totalitaria, que florece en cualquiera y en todos los detalles de la obra creada. Mas, ahora, sin pretensiones de absoluto e imposible aislamiento, sino, por el contrario, como un simple y preferente mostrar del tono psíquico de la gesta, hemos espumado los anteriores textos.

Carece el Cantar de Roldán —al que hemos de referirnos más de una vez, como tipo de gesta carolingia, para extraer, por contraste, las más vivas esencias de nuestro Poema— de una raíz psicológica auténtica y normal. Verdadera novela de caballerías, el cantar carolingio prescinde de toda base realista y medida. Y, al no utilizar esta vía, descarga su tensión emotiva por un cauce puramente periférico-sentimental.

Quien haya recorrido atentamente el cantar, se habrá detenido unos instantes en la sorpresa provocada por la inadmisibile y estrambótica actitud psíquica que exhiben Carlomagno y su hueste al pasar los puertos y penetrar en la Gascuña, después de haber dejado

atrás la retaguardia mandada por Roldán. El emperador y sus consejeros poseen y muestran la certeza de que Ganelón ha traicionado al conde capitán. Se angustian, tiemblan, lloran, padecen la suerte que espera al héroe, tratan grave y dolorosamente el asunto; mas continúan avanzando como si no dependiera de ellos, del emperador sobre todo, el más acongojado, retroceder a salvar lo que consideran, no perdido, sino irremisiblemente destinado a perderse.

La razón de esta sinrazón, de esta absurda e insensata manera de comportarse, no es otra que la de ser convenientes todas estas escenas para el desarrollo intelectualista y teatral de la gesta. La realidad se falsea premeditadamente, porque la realidad y sus atributos no interesan al autor. Por eso, unos cuantos versos más adelante, cuando el drama y la derrota ya se han producido, Carlos y su hueste retornan con toda sencillez y con todo entusiasmo hacia los puertos de España a vengar lo ocurrido, lo que tan fácilmente pudieron evitar.

Ahora bien; sería injusto negar, o callar, el valor literario de la gesta carolingia. Sería injusto y, además, torcería el rumbo de nuestro buen entender. En esta calidad finamente efectista, sutilmente teatral, casi cinematográfica, significa, acaso, el máximo valor aquel perfecto pasaje en el que Oliveros, cegado ya por la proximidad de la muerte, ataca bruscamente a

su compañero Roldán. Es una breve y magnífica escena que bastaría, por sí sola, para justificar literariamente la obra. Mas no hay en ella ni raíz íntima ni psíquico problema.

Junto a este lograr literario y cortical, que hace tan gustosa en muchos momentos la gesta, se mantiene en toda esta creación épica un funesto error, un verdadero bajo tenido sobre el que se desarrolla ampliamente la vanidosa y estridente pseudomelodía del orgullo francés, que llega a encenderse en luces de insensata fanfarronada. "Nunca hombre alguno ha de vencer a Carlos", se asegura precisamente en una gesta inspirada en un escandaloso fracaso del monarca. Roldán, ofrendando a su tío Carlomagno una colorada manzana, atribuye a la sana fruta el valor simbólico de las coronas de todos los reyes. Oliveros, herido de muerte, atravesado el pecho por una lanza que ha llegado a asomarle por delante, combate durante largo rato con más brío y pujanza que nunca. Y recordemos también la fantástica resistencia física del arzobispo Turpín, que, derrumbado y atravesado por cuatro lanzadas, combate y trajina en unas cuantas escenas posteriores.

Este exhibir deformaciones continuas de la realidad, creando una atmósfera sobrehumana, tiene un origen psíquico tan claro, que nadie que posea unos elementales rudimentos de ciencia psiquiátrica puede igno-

rarlo. Es el origen subconsciente de tantas posturas extremas, abultadas y ególatras. Es un temor perenne a sentirse inferior, un hondísimo y oscuro pánico a un menos valer que otros. Una permanente y angustiosa necesidad de protagonismo, de hegemonía indomable e invicta.

Sería, pues, altamente aleccionador, y poseería toda la sensacional importancia de un descubrimiento definitivo de psicología histórica, el llegar al núcleo oscuro del por qué la máxima gesta francesa—en cuanto a obra, éxito y símbolo, difícil conjunción—ha sido elaborada precisamente sobre una derrota. Sobre una derrota y, justamente por eso, por la derrota, dotándola de los más típicos y sintomáticos atributos egoístas y vanos que aquejaron siempre a la “dulce” Francia. La gesta carolingia del Cantar de Roldán es, en este turbio subconsciente histórico del pueblo francés, un verdadero retablo de orgullos y vanidades, de insatisfacciones y de temores asfixiantes. Si resulta curiosa su génesis, no posee menos interés su posterior éxito, su contemporánea y constante actualidad.

Vanidad de vanidades, todo vanidad, podríamos sentir ante la gesta. El gallo francés se esponja, arrastra el ala, enciende sus ojillos congestionados con sus más bélicas sangres e hincha el buche en un tremendo canto, tratando de ocultar con su agitación la desplumada cola. Mísero forcejeo histórico el de toda nación



que, desconociendo sus propias fuerzas y sus propias debilidades con pulcra honradez, intenta avasallar invencibles vivencias colectivas de otros pueblos, natural y geográficamente enemigos.

Frente a estos excesos, disfrútense hondamente los secos y robustos elogios que el juglar cidiano dedica al héroe y a sus compañeros. Martín Antolínez, el cumplido burgalés, el prudente, el leal; Minaya Alvar Fáñez, un caballero de pro, un esforzado varón; el obispo Don Jerónimo, sacerdote de fiar, un leal clérigo; Pedro Bermúdez, Muño Gustioz, "que vos quieren sin engaño". ¡Qué valor tan firme y auténtico el de este querer y querer a un caudillo sin hartura, sin flojedad alguna, sin engaño posible con una permanencia que dure lo que dure la vida del que quiere, del que admira al admirado por su ejemplaridad! Y aquellos versos que son palabras del Cid. Dice Rodrigo, encendido el mirar, honda la voz, mesurado el gesto y el habla: "Vos, Doña Jimena, querida mujer y honrada, y mis dos hijas, mi corazón y mi alma..." Querida mujer. Y honrada. Hay que meditar. Meditar a solas, sin hablar una palabra, sin escribir una línea, sobre ese "querida", y, especialmente, sobre ese "honrada" que ofrece el querer conyugal de Mio Cid a su esposa.

Después, y nacido del más puro y limpio manantial que vale la familia española, sentimos el cálido amor del grito paterno: "... y mis dos hijas, mi corazón y mi alma". Mi corazón: mi sangre, mi carne, mi latir, mi batallar. Mi alma: mi pensar, mi ser responsable, mi deber, mi camino ético, mi rumbo social y nacional.

No huelga, no, en estos años de centenario cidiano, extraer doctrina y práctica, sobre todo práctica, de aquel hablar, tan rico en sentir, que fué el hablar entero de Mio Cid.

Todo es rectitud, sobriedad, fresco e ingenuo detalle en el Poema. Erró profundamente Azorín cuando, en *Una hora de España*, su discurso de recepción en la Real Academia, sostuvo una pobre opinión: "Desde que en el Poema del Cid queda establecido el diapasón moral de la vida en el arte, todo el arte español, posteriormente, se adaptará a ese diapasón. Y ese diapasón es un cierto tono de elevación, de dignidad; excluye forzosamente ciertos aspectos de la vida cotidiana." No pudo gustar el insigne escritor la clarísima sustancia psichistórica de la gesta castellana, que se lo estorbó el pasado de su generación. El Poema de Mio Cid exhibe y trata, precisamente, con señorial simplicismo, esos "ciertos aspectos de la vida cotidiana" en un brote magnífico, y peculiar, de hispana y original elegancia. Señalemos ese dar cebada a las bestias, que las mulas y caballos comen todos los días; y

cebada, preferentemente: ese darse cuenta de la realidad psíquica de las situaciones en todo momento, como cuando ante una merced arrancada al rey, Minaya agradece y exclama, sin pedir nada inoportuno: “Esto concedéis ahora, otra vez cederéis más”; y otros mil detalles que pudieran espigarse copiosamente.

Dámaso Alonso, bien nutrido de aguda intuición, penetra el acierto que acusa lo humano en el Poema: “Lo que se nos da aquí, como siempre en nuestra literatura, lo que se nos presenta directamente —no por descripción—, es el alma humana, y no las cosas. (O las cosas a través del alma humana, podríamos añadir.) Con tal variedad, con tal profundidad, con tal riqueza, que aquí veo una de las notas que más justifican el tener el Poema del Cid por obra maestra de nuestro arte”, escribe.

El héroe del Poema es un héroe que sabe ser prudente, que también prudencia significa muchas veces heroicidad, heroico control sobre el arrebato inconsciente de la sangre. Y concédasele también su valor, que lo tiene, al ingenuo detalle que consigna el juglar: al generoso estropear de un sombrero nuevo que engalana. Y al gozo de señalar que pocas tierras disfrutaban de dos varones tales como lo son Minaya y Pedro Bermúdez.

Escasas creaciones poseen la honradez psíquica, la

sencillez emocionante y austera que nutre la gesta toda de Mio Cid, el Campeador leal. Es el recio león hispano que dormita sin temor a los piojos que le recorren el cuerpo indiferente y grave, porque los piojos, piojos son, y él es el león.

## TONO HEROICO

## Las armas.

*Poema 21.*

Aún era de día, no se había puesto el sol,  
 revistar quiere a su gente Mio Cid Campeador;  
 sin contar a los de a pie, gente de mucho valor,  
 contó el Cid trescientas lanzas, cada cual con su pendón.

*Poema 37.*

¡Qué bien lidia, sobre su dorado arzón,  
 Mio Cid Ruy Díaz, el buen lidiador! .....

*Poema 39.*

El buen Martín Antolínez un tal tajo a Galve da,  
 que los rubíes del yelmo los parte por la mitad .....

*Poema 58.*

..... allí al conde Don Ramón por prisionero ha tomado;  
 ganó la espada *Colada* que vale más de mil marcos.

*Poema 118.*

Alcanzóle el Cid a Búcar a tres brazas de la mar,  
 levanta en alto a *Colada*, un fuerte tajo le da,  
 los carbunclos de su yelmo todos se los fué a arrancar .....

.....  
 El Cid ha matado a Búcar, al rey de allende el mar,  
 ganó la espada *Tizona*, mil marcos de oro valdrá.

*Poema 137.*

“Vístanse sobre las túnicas, armaduras de valor,  
 encima de las lorigas, brillantes como el sol;  
 sobre ellas pieles y armiños, todo blancor;  
 que no se vean las armas, apretad bien el cordón;  
 que así quiero presentarme ante las cortes yo,  
 para pedirles derecho y exponerles mi razón .....

.....  
 Allí *Colada* y *Tizona* sacaron los de Carrión,  
 las dos espadas entregan en manos de su señor;  
 al desenvainarlas, todo en la corte relumbró,  
 los pomos y gavilanes todos de oro son; .....

**Clave.**

No trata apenas la gesta cidiana el tema de las armas. Y cuando lo roza, el contagio con su antecedente cronológico francés es evidente y claro. Para el ju-

glar de las fronteras de Castilla que cantaba los hechos de Mio Cid, de su hueste y de su familia, las armas no adquieren propia vivencia, no pasan de ser meros instrumentos del valor del hombre. El hombre, en sus aspectos más profundos, más problemáticos, absorbe formas y apariencias, que se muestran lacias, secas de potencia y de interés.

Algún emir, algún rey de allende el mar, de Marruecos, posee, efectivamente, enjoyados yelmos; y Mio Cid es cierto que cabalga sobre un dorado arzón; y los pomos y gavilanes de las espadas *Colada* y *Tizona* son de oro puro. Ligeros roces, fríos y escasos, que se cumplen como una penosa y rutinaria exigencia técnica. Por eso, al juglar cidiano se le va el mostrar al hombre tras el pretexto del instrumento. Que vale la pena recordar aquella robusta afirmación de Mio Cid, cuando regala sus dos espadas a sus yernos los infantes de Carrión:

"..... darvos he dos espadas, a *Colada* e a *Tizón*, bien lo sabedes vos que las gané a *guisa de varón*".

### Huestes y mesnadas.

Se nos hace ahora preciso, no sólo el referirnos al Cantar de Roldán, sino cotejar algunos textos, frente a frente las dos gestas, en un diálogo tenso y sensacional.

*Cantar XLIII.*

Buen caballero Ganelón—dice el rey Marsil—: poseo un ejército tan bello como nunca habéis visto. Puedo reunir cuatrocientos mil caballos .....

*Cantar LV.*

En una selva, al llegar a un alcor, se detienen. Son cuatrocientos mil los que esperan el alba .....

*Cantar LXVI.*

Altos son los cerros y sombrías las cañadas. Abruptas las rocas y siniestros los desfiladeros. Los franceses pasarán con gran quebranto. A quince leguas se escucha el ruido de las tropas .....

*Cantar CXI.*

Los francos han luchado con vigor y gran ánimo. Caen los infieles por miles y en tumulto. De los cien mil apenas dos han logrado salvarse .....

*Cantar CXII.*

Siete mil clarines dan el toque de avance .....



*Cantar CLXXVII.*

Se desmayan veinte mil caballeros .....

*Cantar CLXXXIX.*

Pero el emir está lejos y ha tardado mucho. Por fin convoca a sus gentes de cuarenta reinos .....

*Cantar CXCVI.*

Tenemos en el Ebro cuatro mil chalanas .....

*Cantar CCIX.*

Cien mil franceses caen a tierra desmayados .....

*Cantar CCXVIII, CCXIX, CCXX, CCXXI, CCXXII, CCXXIII, CCXXIV y CCXXV.*

Los dos primeros escalones de combate se componen de treinta mil franceses. Después se establece el tercero, formado por vasallos de Baviera. Se calcula su número en veinte mil caballeros .....

Naimón, el duque, forma el cuarto, de caballeros alemanes, llenos de valentía ..... los calculan en veinte millares .....

Naimón, el duque, y Jocerán, el conde, han formado, con normandos, el quinto escalón de combate. Son veinte mil .....

El sexto escalón de combate está nutrido por bretones. Hay allí treinta mil caballeros .....

El duque Naimón establece el séptimo. Se compone de po-  
tevinos y de barones de Auvernia. Serán unos cuarenta mil  
caballeros .....

El octavo escalón de combate lo ha formado Naimón de  
flamencos y de barones de Frisia. Son más de cuarenta mil  
caballeros .....

Entre Naimón y el conde Jocerán han formado de valientes  
el noveno escalón. Son los de Lorena y Borgaña. Llegarán a  
cincuenta mil caballeros bien contados .....

El décimo cuerpo de batalla se compone de barones francos.  
Son cien mil de nuestros mejores capitanes .....

*Cantar CCXXXII.*

Cabalga el emir entre las filas de su ejército. Le sigue su  
hijo, que tiene un cuerpo desmedido. El rey Torleu y el rey  
Dapamor organizan, al punto, treinta escalones de combate.  
Cuentan con caballeros en prodigioso número; en el menor  
escalón hay cincuenta mil .....

*Cantar CCXLV.*

Entonces desnudan más de cien mil espadas .....

*Cantar CCLV.*

Y, al choque, derriban allí, muertos, siete mil .....

*Cantar CCLXXX.*

Lloran, entonces, cien mil caballeros .....

*Cantar CCLXXXI.*

Cien mil hombres los contemplan y lloran .....

*Poema 3.*

Mío Cid Ruy Díaz por Burgos entraba,  
sesenta pendones lo acompañan .....

*Poema 17.*

En este día, en la puente sobre el Arlanzón,  
júntanse muchos guerreros, más de ciento quince son; .....

*Poema 21.*

..... lleva el Cid trescientas lanzas cada cual con su pendón .....

*Poema 32.*

Cuando lo oyó el rey Tamín siente profundo pesar;  
"Tres buenos emires veo aquí en torno mío estar.

Sin tardar, dos de vosotros os marcharéis para allá,  
llevando tres mil moros con armas de lidiar;  
con los de la frontera, que os ayudarán,  
prendédmelo vivo y conducídmelo acá;  
que se me entró en mi tierra y derecho me ha de pagar".  
Ya cabalgan tres mil moros, ya se echan a caminar .....

*Poema 34.*

"Bien llegamos a seiscientos, y aún creo que algunos más .....

*Poema 68.*

Oíd lo que dijo Minaya Alvar Fáñez:  
"Campeador, hagamos lo que os place.  
A mí dadme cien caballeros, que no os pido más; .....

*Poema 75.*

Holgaba ya Mio Cid con todas sus mesnadas,  
cuando al rey de Sevilla la noticia llegara  
que caída es Valencia, que ya nadie la ampara.  
Vino a recuperarla con treinta mil hombres de armas .....

*Poema 77.*

.... y cuando están reunidos lista los hizo pasar:  
tres mil seiscientos tenía Mio Cid el de Vivar; .....

*Poema 88.*

Pésale al rey de Marruecos de Mio Cid Don Rodrigo:  
"En mis tierras y heredades muy firme que se ha metido,  
y se lo agradece todo a su Señor Jesucristo."  
Entonces el de Marruecos llamar a sus fuerzas hizo  
y cincuenta veces mil guerreros ha reunido.  
Ya se entraron por el mar, en las barcas van metidos,  
van a buscar en Valencia a Mio Cid Don Rodrigo.  
Ya han arribado las naves, y ellos a tierra han salido.

*Poema 92.*

Más de quinientos mataron los del Cid en este día.

*Poema 95.*

Han salido de Valencia, ya la enseña sacaron,  
son cuatro mil menos treinta los que el Cid lleva a su lado,  
y a cincuenta mil de moros sin miedo van a atacarlos .....

*Poema 113.*

..... cuando fuerzas de Marruecos vienen Valencia a cercar.  
Allí en el campo de Cuarto asentaron el real;  
cincuenta mil tiendas grandes allí plantadas están; .....

*Cantar CXVIII.*

De otro lado surge otro infiel, Valdabrón, por quien fué armado caballero el rey Marsil. Gobierna en el mar a cuatrocientas naves, y no hay un marinero que no dependa de él. El tomó a Jerusalén por traición; por él fué violado el templo de Salomón y muerto el patriarca ante las piscinas .....

*Cantar CXXII.*

Por otro lado hay un infiel, Grandonio, hijo de Capuel, rey de Capadocia .....

*Cantar CXLIII.*

..... Marganice, que domina en Cartago y en Etiopía, una tierra maldita. Tiene bajo su mando a los negros, de gran nariz y anchas orejas. Se juntan de ellos más de cincuenta mil .....

*Cantar CCXXVIII.*

Sobre su corcel ha montado Baligán. Marcules de Ultramar le sostuvo el estribo ..... espolea su corcel; la sangre brota muy clara bajo las espuelas. Comienza a galopar, salta un foso cuya anchura bien puede medir cincuenta pies .....

*Cantar CCXXXI.*

—Hijo Malprimis—le dice Baligán—, yo os otorgo lo que me habéis pedido. Iréis a acometer al punto a los franceses. Con vos irá Torleu, el rey persa, y Dapamor, el rey vilticio. Si podéis abatir su gran orgullo, yo os donaré una parte de mis dominios, desde el Jordán a Valmarqués .....

*Cantar CCXXXII, CCXXXIII y CCXXXIV.*

El rey Torleu y el rey Dapamor organizan al punto treinta escalones de combate .... El primero está formado por los de Bozanta, y el segundo por los de Milcenas, de gordas cabezas; sobre sus espinazos, a lo largo de la espalda, les nacen cerdas como al puerco. El tercero lo forman los de Nubia y de Blos, y el cuarto los de Brusia y Esclavonia. El quinto los de Sorabia y de Serbia, y el sexto los de Armenia y Mauritania. El séptimo los de Jericó, el octavo los de Nigricia, el noveno los kurdos y el décimo los de Balisa la Fuerte .....

Después establecen otros diez cuerpos de ejército. El primero lo forman feos cananeos, que han venido de Valfrutas. El segundo, turcos; el tercero, persas, y el cuarto, petchenecos. El quinto, los sulanios y los de Avers. El sexto, de ormandos y egeos. El séptimo, los del pueblo de Samuel, y el octavo, los de Brusa. El noveno, los de Clavers, y el décimo, los de Occián la Desierta, raza que nunca sirvió a Dios. Jamás habréis oído hablar de peores malandrines. Tienen la piel más dura que el hierro; así no tienen que curarse de yelmo ni de cota. En la batalla son rudos y tenaces.

El emir ha dispuesto otros diez escalones de combate. Forman el primero gigantes de Malpersa. El segundo, los hunos, y el tercero, los húngaros. El cuarto, los de Bagdad la populosa, y el quinto, los de Valpenosa. El sexto, los de Marasca, y el séptimo, los lituanos y astrimonios. El octavo, los de Heraclea; el noveno, los de Clarbona, y el décimo, barbudos de Fronda...

*Cantar CCLIV y CCLV.*

—..... llamad en vuestra ayuda a todos los barones de Occián, turcos, árabes y gigantes .....—

Por todo el campo se juntan sus tropas. Los de Occián bramam y relinchan; los de Heraclea ladran como perros .....

*Poema 37.*

Minaya Alvar Fáñez, el que Zurita mandó,  
Martín Antolínez, ese burgalés de pro,  
Muño Gustioz, que en la casa del Cid se crió,  
Martín Muñoz, que mandó en Montemayor,  
Alvar Alvarez y Alvar Salvadores,  
y Galín García, el bueno de Aragón,  
y Fález Muñoz, sobrino del Campeador .....

*Poema 57.*

“..... el conde Don Ramón nos quiere dar gran batalla,  
de moros y cristianos mucha gente lo acompaña .....”



*Poema 87.*

Quiero deciros nuevas de tierras de allende el mar;  
de aquel rey Yúsuf que en Marruecos está.

**Clave.**

El más distraído y superficial lector que pueda imaginarse habría de notar, por sí solo, el rumbo dispar que señalan los anteriores textos expuestos a su consideración. Las huestes sarracenas alcanzan, en el Cantar, fabulosas cifras; siete mil clarines dan un toque de avance; se desnudan, simultáneamente, más de cien mil espadas; el emir Baligán convoca a sus gentes de cuarenta reinos y por el Ebro navegan cuatro mil chalanas.

Los escalones de combate, o cuerpos de ejército, que forma el duque Naimón, especie de jefe de Estado Mayor Central carolingio, ante la inminencia de la gran batalla vengadora de la rota de Roncesvalles, alcanzan la cifra total de trescientos cincuenta mil hombres. Los infieles, acaudillados por el gran emir Baligán, llegan a la bonita cifra de un millón y medio de combatientes, agrupados en treinta cuerpos de ejército. ¡Y qué cuerpos de ejército!

Si hay que llorar, porque el momento *preconcebido* lo exige, entonces lloran cien mil caballeros, y si conviene desmayarse, cien mil franceses caen a tierra desmayados. Es ésta, pues, una técnica espectacular, a base de masas gregarias y muertas, que desazona ya, por lo burda y desmesurada, en ese compungido la-grimear de cien mil francos, haciéndose ridícula en el colectivo desmayarse de tantos orgullosos barones.

En el Poema las cifras reflejan realidades y, en ocasiones —como en la batalla del Cuarte, en la que las fuerzas almorávides sumaron ciento cincuenta mil jinetes y tres mil peones, frente a los cincuenta mil hombres del Poema—, disminuyen, incluso, modestamente, el hecho histórico.

Cuando Mio Cid, dolido y desterrado, entra por Burgos, únicamente lo acompañan aquellos fieles sesenta pendones. Días después se juntan en el puente sobre el Arlanzón ciento quince caballeros que marchan tras el Campeador. Más tarde, el héroe revista su hueste y cuenta ya trescientos pendones; unos cuantos versos más adelante ya son seiscientas lanzas las que lo acompañan y, como máximo, precisamente en la citada batalla del Cuarte, Mio Cid acaudilla a tres mil novecientos setenta caballeros. Asistimos, pues, en el desarrollo del Poema, al auténtico y lógico crecer, seguro y lento, de la cidiana hueste.

La misma pulcritud informativa encontramos en lo que a las fuerzas moras se refiere. El rey Tamín ordena a tres mil moros que vayan a recobrar Alcocer, ganado por el Cid. El rey de Sevilla envía una hueste de treinta mil hombres a reconquistar Valencia, y el rey de allende el mar, el almorávide Yúsuf, desembarca en la Península cincuenta mil guerreros para combatir al Campeador.

La opuesta norma que dirige este tema aflora, firme y rotunda, en el trato de los adalides, tanto cristianos como paganos. En el Cantar, el exceso imaginativo se hace asfixiante y, rebasando el límite de la misma novela de caballerías, se nutre ya de la misma sustancia que esos fabulosos cuentos para niños. Nombres, razas, reinos, reyes y sucesos se barajan turbiamente, en un ansia de sobrevaloración permanente. Los de Milcenias, de cabeza deforme, poseen cerdas sobre el espinazo; los de Occián braman y relinchan, y los de Heraclea ladran como perros durante el combate. Se pierde, pues, totalmente el contacto con la realidad ante este alarde de monstruosidades, penetrándose en una fronda fabulosa, personal y caprichosamente imaginada.

Los compañeros del Cid, y sus enemigos, son *hombres*. Y hombres que existieron, además. Alvar Fáñez, que tuvo mando en Zurita de los Canes; Martín An-

tolínez y los demás mencionados. El conde Don Ramón, derrotado por el Cid, fué el conde Don Ramón, precisamente, y el rey Yúsuf de Marruecos fué exactamente el emir Yúsuf de Marruecos en la realidad.

Una nota más que sumar, pues, esta que trata de huestes y mesnadas, al conjunto informativo que nos permita llegar limpiamente a una interpretación rotunda y clara del significado histórico de nuestra gesta medieval, frente a la épica ultrapirenaica.

## Táctica.

### *Poema 23.*

Toda la noche emboscados Mio Cid y los suyos pasan,  
como así lo aconsejara Alvar Fáñez Minaya:  
“¡Oh, Cid, que en buen hora ceñiste espada!  
Vos con cien de estas compañías,  
ya que a Castejón tenemos en celada,  
sobre él permaneceréis con la zaga;  
y a mí me daréis doscientos para ir de algará.  
Con Dios y ventura haremos gran ganancia.”  
Dijo el Campeador: “Bien hablaste, Minaya;  
vos con los doscientos partid en algará;  
vayan Alvar Alvarez y Alvar Salvadores, el que no tiene tacha,  
y Galín García, una atrevida lanza,  
que buenos caballeros acompañen a Minaya.  
Corred la tierra sin miedo, por valor no quede nada.

Por Hita abajo, y por Guadalajara,  
hasta la misma Alcalá acérquense las vanguardias,  
asegurando bien de esa tierra las ganancias,  
y que por miedo a los moros no vayan a dejar nada.  
Yo con los otros cien hombres me quedaré aquí a la zaga,  
de amparo nos servirá Castejón, una vez ganada.  
Si a los que corréis la tierra alguna cosa os pasa,  
un aviso mandaréis en seguida a esta zaga.  
Del socorro que os lleve hablará toda España.”  
Nombrados son los guerreros que han de ir en la algara,  
y los otros que se quedan allí, con él, a la zaga.  
Ya quiebran los albores y llega la mañana,  
salía el sol, ¡Dios!, qué hermoso asomaba.  
En Castejón todos se levantaban,  
abrían las puertas y afuera se marchaban,  
camino de sus trabajos, de las tierras que labraban.  
Todos se van y las puertas abiertas dejaban;  
unas pocas personas en Castejón quedaran.  
Las gentes que salieron están todas desparramadas.  
El Campeador salió de la celada,  
sin tropiezo a Castejón entero la vuelta daba.  
Moros y moras que encuentra a todos los apresaba  
y a los ganados aquellos que por el contorno andan.  
Mío Cid Don Rodrigo, hacia la puerta cabalga;  
cuando se ven asaltados los hombres que la guardaban  
mucho miedo que tuvieron, déjanla desamparada.  
Mío Cid Ruy Díaz, por las puertas entraba,  
en la mano, desnuda, lleva la espada;  
quince moros mató de los que encontrara .....  
.....  
Mientras iban los doscientos tres hombres de la algara  
corriendo tierras sin miedo y mucho las saqueaban;

hasta Alcalá llega la enseña de Minaya  
 y desde allí se tornan con toda la ganancia,  
 río Henares arriba y por Guadalajara .....

*Poema 26 y 27.*

Mio Cid Don Rodrigo, Alcocer piensa ganar.  
 Todo el otero ha ocupado con sus tiendas de campaña,  
 las unas contra la sierra, las otras contra el agua.  
 Mio Cid Campeador que en buen hora ciñó espada,  
 alrededor del otero y muy cerca ya del agua,  
 a todos sus varones mandó hacer una carcava .....

*Poema 29.*

Esa gente de Alcocer, a Mio Cid ya daba parias  
 y los de Terrer y Ateca también ya se las pagaban,  
 a los de Calatayud, ¡sabed!, esto les pesaba.  
 Allí descansó Mio Cid quince cumplidas semanas.  
 Cuando observó el Campeador que Alcocer no se entregaba,  
 un ardid se le ha ocurrido y lo cumplió sin tardanza:  
 las tiendas manda quitar, deja una sola plantada;  
 fuése Jalón abajo, la enseña desplegada,  
 vestidas las lorigas, ceñidas las espadas,  
 con la taimada intención de arrastrarlos a celada.  
 Los de Alcocer que lo vieron, ¡Dios y cómo se alababan!  
 "Ya Mio Cid ha consumido todo el pan y la cebada.  
 Cargados van con las tiendas, una sola queda alzada.  
 A guisa de derrotado el Campeador escapa,  
 caigamos sobre él y haremos gran ganancia,  
 que, si no, los de Terrer para ellos han de tomarla

y si cogen el botín no querrán cedernos nada;  
las parias que nos cobró hoy las volverá dobladas.”  
Para salir de Alcocer mucha prisa que se daban.  
Mio Cid, al verlos fuera, corrió como de escapada,  
echó Jalón abajo, con toda su mesnada.  
Decían los de Alcocer: “¡Ya se nos va la ganancia!”;  
y todos, grandes y chicos, a salir se apresuraban,  
al sabor del tomar de lo demás se olvidaban,  
abiertas dejan las puertas, que nadie las guardara.  
El buen Campeador la cabeza tornara,  
vió que entre ellos y el castillo un gran espacio quedaba;  
mandó volver la enseña; con prisa espoleaban:  
“¡Heridlos, caballeros, sin temor—el Cid gritaba—;  
por merced del Creador nuestra será la ganancia.”  
Y se revuelven con ellos por medio de la llana.  
¡Dios, qué alegre gozo el de aquella mañana!  
Mio Cid y Alvar Fáñez adelante aguijaban,  
tienen muy buenos caballos que a su voluntad andaban,  
ya entre el castillo y los moros entonces se situaban.  
Los vasallos de Mio Cid sin piedad atacaban,  
en poco más de un momento trescientos moros matan.  
Dando entonces grandes gritos los que estaban de emboscada,  
para adelante salían, hacia el castillo tornaban,  
con las espadas desnudas a la puerta se paraban.  
Ya van llegando los suyos, la batalla está ganada.  
Mio Cid ganó a Alcocer, ¡sabed!, por esta maña.

*Poema 35.*

Embrazan los escudos ante los corazones,  
enristran las lanzas, envueltos los pendones,  
inclinaron las caras sobre los arzones

y arrancan contra los moros con valientes corazones.  
A grandes voces decía el que en buen hora nació:  
"¡Heridlos, caballeros, por amor del Creador,  
que yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador!"  
Todos caen sobre aquel grupo donde Bermúdez entró.  
Eranse trescientas lanzas, cada cual con su pendón.  
Cada guerrero del Cid a un enemigo mató;  
a la tornada que hacen, otros tantos muertos son.

*Poema 68.*

Oíd lo que dijo Minaya Alvar Fáñez:  
"Campeador, hagamos lo que os place.  
A mí dadme cien caballeros, que no os pido más;  
vos con el resto iréis a atacar.  
Heridlos sin compasión, atacad sin vacilar,  
que yo con los otros ciento por otro lado iré a entrar,  
y confío en Dios que el campo nuestro será." .....

*Poema 93.*

Hablaba Minaya, no lo quiso retrasar:  
"Si así lo queréis, buen Cid, a mí mandadme algo más;  
dadme ciento treinta caballeros para lidiar;  
atacad vos por un lado, los míos por otro irán,  
en una u otra parte, o en ambas, Dios nos valdrá."  
Entonces contesta el Cid: "De buena voluntad."





### Clave.

Curioso fallo es ese absoluto olvidar necesidades tácticas que aqueja generalmente a los juglares carolingios. Y tanto más imperdonable dada su tendencia efectista a operar siempre con grandes masas unificadas en un absurdo eje emotivo. Cuando llega la hora del pelear, cuando lanzas y espadas buscan, a través de cotas, yelmos y lorigas, el tierno cebo de la carne enemiga, todo aquel tratar de unidades desmesuradas, todo aquel desnudar cien mil espadas, todo aquel sonar de siete mil clarines, todo aquel preparar abigarradas decenas de cuerpos de ejército, toda aquella pompa y estruendo bélico se le transforma al anónimo juglar en unos escasos y monótonos combates particulares, dignos de un brillante torneo más, que hacen perder al lector, y al oyente, todo sentir de batalla, toda sugerencia de combate general. Los doce pares, Carlomagno y sus adalides, los emires sarracenos y sus más preciados vasallos, combaten lentamente, pesadamente, como si el *film* espectacular de la gesta carolingia se hubiera prendido bruscamente en unos monótonos y retrasados primeros planos.

Rotunda y terminante prueba debe ser ésta, para nosotros, del falso manejar masas que enturbia tantas veces el Cantar de Roldán y otras gestas de "la

dulce Francia". Obsérvese cómo las grandes cantidades que mueve el juglar pueden, en todo momento, reducirse a la unidad sentimental y emotiva e, incluso, a la unidad ademánica. Los cien mil caballeros que lloran y se desmayan valen un caballero que se desmaya y llora. Los siete mil clarines que suenan el toque de avance, son un clarín que anuncia el avanzar; y las cien mil espadas que se desnudan no significan otra cosa que una única espada que se desenvaina. La prueba psíquica de la afirmación anterior se nos muestra escandalosamente en este transformarse inesperado de unos grandes ejércitos —qué sólo son números, sin realidad lírica tan siquiera— en un mínimo y diminuto encuentro que, a pesar de los encéfalos derramados, de las vísceras al aire, de los brazos y piernas segados, de los cuerpos partidos en dos y de la copiosa sangre vertida, tiene más de justar elegante que de sudoroso pelear.

El juglar carolingio, para vivir su subconsciente rumbo, tenía ya marcada, *a priori*, esta ineludible necesidad de olvidar todo detalle táctico, todo arte estratégico de unos ejércitos que, ni un solo instante, sintió él mismo como auténticos en el exuberante fluir de su vena épica.

Como, necesariamente, era también de esperar, el juglar cidiano, en ese exhibir siempre la poderosa car-

ne palpitante de la realidad medieval que le ocupa, detalla en varias ocasiones las artes empleadas por el héroe en su trabajosa y dinámica existencia, así como la táctica usada en las más importantes batallas que menciona el Poema.

La celada y toma de Castejón es, acaso, el momento más acorde y jugoso, en cuanto a perspectiva, del Poema. Y la maña sutil empleada para ganar Alcocer, aunque de relato más frondoso y turbio, revela la inteligencia que el Campeador unía a su bravura.

Los tres últimos textos escogidos —35, 68, 93—, correspondientes los dos primeros a combates contra los moros del rey de Valencia, y a la batalla del Cuarte el tercero, nos permiten conocer la *tornada* o doble carga que daban los caballeros volviendo sus corceles y, por boca de Minaya, la táctica del ataque combinado, probable núcleo estratégico de las victorias cidianas. Que, aunque recordado ya, no huelga insistir sobre el hecho esencial que salvó a España de una posible, y probable, africanización: los sorprendentes triunfos personales del Cid sobre la novísima e invicta táctica empleada por los generales lamtunas del gran emir Yúsuf ben Texufín, el almorávide.

## El héroe. Un héroe total: Mio Cid.

### *Poema 15.*

Le contesta entonces Mio Cid el bienhadado:  
"Contento de vos estoy y agradecido, Don Sancho;  
prepararé la comida mía y la de mis vasallos.  
Hoy que salgo de esta tierra os daré cincuenta marcos,  
si Dios me concede vida os he de dar otro tanto.  
No quiero que el monasterio por mí sufra ningún gasto;  
Para mi esposa Jimena os entrego aquí cien marcos;  
a ella, a sus hijas y damas podréis servir este año.  
Dos hijas niñas os dejo, tomadlas a vuestro amparo.  
A vos os las recomiendo en mi ausencia, abad Don Sancho;  
en ellas y en mi mujer ponedme todo cuidado.  
Si ese dinero se acaba o si os faltare algo,  
dadlas lo que necesiten, abad, así os lo mando.  
Por un marco que gastéis al convento daré cuatro." .....

### *Poema 16.*

"¡Merced os pido, buen Cid, noble barba tan crecida!  
Aquí ante vos me tenéis, Mio Cid, y a vuestras hijas  
de muy poca edad las dos y todavía tan niñas.  
Conmigo vienen también las damas que me servían.  
Bien veo, Campeador, que prepararéis vuestra ida,  
tenemos que separarnos estando los dos en vida.  
¡Decidnos lo que hay que hacer, oh Cid, por Santa María!"  
Las dos manos inclinó el de la barba crecida,

a sus dos niñas las coge, en sus brazos las subía,  
al corazón se las llega de tanto que las quería.  
Llanto le asoma a los ojos y muy fuerte que suspira:  
"Es verdad, Doña Jimena, esposa honrada y bendita,  
tanto cariño os tengo como tengo al alma mía.  
Tenemos que separarnos, ya lo veis, los dos en vida;  
a vos os toca quedaros, a mí me toca la ida.  
¡Quiera Dios y con El Santa María  
que aún con mis manos case a estas mis hijas,  
y que me quede ventura y algunos días de vida  
para poderos servir, mujer honrada y bendita!"

*Poema 18.*

Ya la oración se termina, la misa acabada está,  
salieron de la iglesia, ya quieren cabalgar.  
El Cid a Doña Jimena un abrazo le fué a dar  
y Doña Jimena al Cid la mano le va a besar;  
no sabía ella qué hacerse más que llorar y llorar.  
A sus dos niñas el Cid mucho las vuelve a mirar:  
"A Dios os entrego, hijas, nos hemos de separar  
y sólo Dios sabe cuándo nos volvamos a juntar."  
Mucho que lloraban todos, nunca visteis más llorar;  
como la uña de la carne así apartándose van.  
Mio Cid con sus vasallos se dispone a cabalgar,  
la cabeza va volviendo a ver si todos están.  
Habló Minaya Alvar Fáñez, bien oiréis lo que dirá:  
"Cid, en buen hora nacido, ¿vuestro ánimo dónde está?  
pensemos en ir andando y déjese lo demás.  
Todos los duelos de hoy en gozo se tornarán,  
y Dios que nos dió las almas su consejo nos dará."  
Al abad Don Sancho vuelven de nuevo a recomendar

que atienda a Doña Jimena y a las damas que allí están.  
a las dos hijas del Cid que en San Pedro han de quedar ;  
sepa el abad que por ello buen premio recibirá. ....

*Poema 25.*

Las riquezas del botín manda repartir sin falta  
y que los repartidores su recibo a todos hagan.  
Los caballeros del Cid muy buena porción alcanzan: .....

.....  
Del botín la quinta parte a Mio Cid se le guarda.  
Pero allí a nadie podía venderla ni regalarla,  
ni quiere llevar cautivos Mio Cid en su compañía.  
Con gente de Castejón habló, y a Guadalajara  
e Hita manda a preguntar por cuánto se la compraban,  
aunque muy poco le diesen por toda aquella ganancia.  
Ofreciéronle los moros tres mil marcos de plata.  
Mio Cid aquella oferta muy gustoso la aceptaba.

*Poema 26.*

“Esto que voy a decir no os dé que pensar mal:  
por más tiempo en Castejón no nos podemos quedar ;  
está cerca el rey Alfonso y aquí a buscarnos vendrá.  
Mas no asolaré el castillo, que se lo quiero dejar  
a cien moros y a cien moras a quien daré libertad,  
y así por lo que les quito no podrán de mí hablar mal.  
Pagados estáis ya todos, nadie queda por pagar ;  
mañana al romper el día otra vez a cabalgar,  
que con mi rey Don Alfonso no querría yo lidiar.”

Aquello que dice el Cid mucho agrada a los demás;  
del castillo que tomaron todos muy ricos se van  
y los moros y las moras bendiciéndolos están .....

*Poema 31.*

“Prestadme oído, Alvar Fáñez y los demás caballeros:  
al tomar este castillo un gran botín hemos hecho;  
muertos los moros están, con vida muy pocos veo.  
Estos moros y estas moras no hemos de poder venderlos,  
con cortarles la cabeza poca cosa ganaremos;  
nosotros somos los amos, sigan ellos en el pueblo;  
viviremos en sus casas y de ellos nos serviremos.”

*Poema 35.*

A grandes voces decía el que en buen hora nació:  
“¡Heridlos, caballeros, por amor del Creador,  
que yo soy Ruy Díaz, el Cid, de Vivar, el Campeador!” .....

*Poema 44.*

Mio Cid Campeador queda allí con su mesnada.  
Estéril y pobre es aquella tierra tan mala.  
Todos los días al Cid le espiaban  
los moros de la frontera con otras gentes extrañas.  
El rey Fáriz ya está bueno, con él de consejos andan.  
Entre los moros de Ateca y los que en Terrer moraban,  
y los de Calatayud, villa más rica, preparan  
un convenio y por escrito lo ponen en una carta:  
“Que Alcocer les venda el Cid por tres mil marcos de plata.”

*Poema 46.*

Cuando iba el Cid el castillo de Alcocer a abandonar,  
 moros y moras cautivos se empezaron a quejar:

“¿Te vas?, Mio Cid; contigo nuestras oraciones van;  
 que mucho agradecemos lo que nos quisiste dar.”

Cuando quitó a Alcocer Mio Cid el de Vivar,  
 aquellos moros y moras empezaron a llorar .....

Mucho en Terrer se alegraron, en Calatayud aún más;  
 pero en Alcocer les pesa: con el Cid no estaban mal .....

*Poema 49.*

La faz del Campeador sonrisas la iluminaban:

“Gracias al Dios de los cielos, gracias a sus fuerzas santas,  
 mientras que vida tengáis, a mí me irá bien, Minaya.”

*Poema 54.*

“Oíd, caballeros, voy a hablaros de verdad:

el que no cambia de sitio, perder puede, no ganar;

así que al amanecer echemos a cabalgar,

el campamento se deje; sigamos más allá.” .....

*Poema 57.*

“Mis caballeros, poned a resguardo la ganancia;

luego a prisa preparaos, armaos de todas armas,



que el conde Don Ramón nos quiere dar gran batalla;  
de moros y cristianos mucha gente le acompaña,  
a no ser por batalla no nos dejará por nada.  
Ya que tras nosotros viene aquí será la batalla,  
cinchad bien a los caballos y armaos de todas armas;  
ellos vienen cuesta abajo, sólo llevan puestas calzas,  
traen malas sillas coceras y las cinchas aflojadas;  
nosotros sillas gallegas y botas sobre las calzas .....

*Poema 59.*

Así ganó esta batalla, a gran honra de sus barbas.  
Cogió al conde Don Ramón y a su tienda lo llevaba;  
a hombres de confianza ordenó que lo guardaran.  
Lo deja allí y de la tienda el Campeador se marcha,  
por todas partes los suyos a juntársele llegaban.  
Muy contento que está el Cid, muy grandes son las ganancias.  
A Mio Cid Don Rodrigo gran comida le preparan;  
pero el conde Don Ramón no hacía caso de nada;  
los manjares le traían, delante se los plantaban,  
él no los quiere comer y todos los desdeñaba:  
"No he de comer un bocado por todo el oro de España,  
antes perderé mi cuerpo y condenaré mi alma,  
ya que tales malcalzados me vencieron en batalla."

*Poema 60.*

Mio Cid Campeador bien oiréis lo que ahora dijo:  
"Comed, conde, de este pan; bebed, conde, de este vino,  
de cautiverio saldréis si hacéis lo que yo os digo,  
si no en todos nuestros días no veréis ningún ser vivo."

*Poema 61.*

"Comed, comed, Don Rodrigo, tranquilo podéis estar, pero yo no comeré, el hambre me matará."

Hasta pasados tres días no se vuelve el conde atrás. Mientras ellos se reparten lo que hubieron de ganar, no logran que coma el conde ni una migaja de pan.

*Poema 62.*

Dijo entonces Mio Cid: "Conde, habéis de comer algo, que si no queréis comer nunca más veréis cristiano; mas si coméis a mi gusto, como os tengo mandado, a vos, conde Don Ramón, y a dos de esos fijosdalgo de prisión os soltaré y saldréis de entre mis manos".

Al oírlo Don Ramón, mucho que se fué alegrando:

"Si vos, Don Rodrigo, hacéis eso que me habéis hablado por el resto de mi vida quedaré maravillado."

"Pues comed, conde, comed, y cuando hayáis acabado a vos y a dos caballeros la libertad he de daros.

Mas de lo que habéis perdido y yo ganado en el campo sabed, conde, que no pienso devolveros ni un ochavo, que mucha falta nos hace y andamos necesitados.

Cogiendo de vos y de otros hemos de irnos ayudando, y nos durará esta vida lo que quiera el Padre Santo, que eso le toca al que el rey fuera de su reino ha echado."

Alégrase el conde y pide el agua para las manos, ya se la ponen delante, diéronsela sin retraso.

Con esos dos caballeros por Mio Cid designados,

comiendo iba el conde, ¡Dios, de qué buen grado!  
Sentado está junto a él Mio Cid el bienhadado:  
"Conde, si no coméis bien, como os tengo mandado,  
aún os quedaréis conmigo, no habremos de separarnos."  
Dijo el conde: "Comeré, Mio Cid, de muy buen grado."  
El y los dos caballeros a comer se apresuraron,  
contento se pone el Cid, que allí los está mirando,  
de ver que el conde Ramón trabajo le da a las manos:  
"Cid, si así lo permitís, ya quisiéramos marcharnos,  
a prisa cabalgaremos si nos dan nuestros caballos;  
desde el día en que fuí conde no comí tan de buen grado,  
el sabor de esta comida de mí no será olvidado."  
Tres palafrenes les dieron, los tres muy ensillados;  
danlos vestiduras buenas, ricas pieles, ricos mantos.  
Entre los dos caballeros el conde se ha colocado.  
Hasta el fin del campamento con ellos va el Castellano:  
"Ya os vais, conde Don Ramón, completamente franco,  
agradecido os quedo por lo que me habéis dejado.  
Si acaso os da la idea, conde, de querer vengarlo  
y me venís a buscar, mandadme antes un recado:  
o me llevaré lo vuestro o vos de lo mío algo."  
"Quedaos tranquilo, Cid, de ese peligro estáis salvo,  
eso por pago lo dejo por lo que queda de año.  
Y de venir a buscaros, ni siquiera hay que pensarlo."

*Poema 63.*

El conde picó el caballo y ya comenzaba a andar,  
volviendo la cabeza para mirar hacia atrás.  
Miedo tiene porque cree que el Cid se arrepentirá;  
por todo el oro del mundo Mio Cid no haría tal;  
deslealtades así nos las hizo el Cid jamás. ....

*Poema 66.*

Aquello a los de Valencia muy poco gusto les da.  
 En consejo se reunen y al Cid fueron a cercar.  
 Marcharon toda la noche: cuando el alba fué a rayar,  
 allí cerca de Murviedro sus tiendas van a plantar.  
 El Campeador al verlos se empieza a maravillar:  
 "¡Alabado sea Dios, Señor espiritual!  
 Nos metimos en sus tierras, les hacemos mucho mal,  
 el vino suyo bebemos y nos comemos su pan.  
 Con buen derecho lo hacen si nos vienen a cercar,  
 como no sea con lucha esto no se arreglará" .....

*Poema 74.*

Un plazo dió por si alguien venirles quiere a ayudar.  
 Aquel cerco de Valencia nueve meses puesto está,  
 cuando el décimo llegó la tuvieron que entregar .....

*Poema 76.*

Ya le crecía la barba, mucho se le va alargando,  
 que había dicho Rodrigo cuando salió desterrado:  
 "Por amor del rey Alfonso, que de su tierra me ha echado,  
 no entre en mi barba tijera, ni un pelo sea cortado  
 y que hablen de esta promesa todos, moros y cristianos."  
 .....  
 Y esto manda Mio Cid, de Minaya aconsejado:  
 que a cualquier hombre de aquellos que con él ganaron algo,

que de él no se despidiese declarándose vasallo,  
lo prendan en donde puedan y donde sea alcanzado  
y su riqueza le quiten y en horca sea colgado.  
Ya se queda todo esto por el Cid bien arreglado,  
y con Minaya Alvar Fáñez se seguía aconsejando:  
"Si os parece, Minaya, querría hacer un estado  
de los hombres que aquí están y algo conmigo ganaron;  
los pondremos por escrito y todos serán contados,  
si alguno quiere ocultarse, o si de menos lo echamos,  
tendrá que volver su parte a estos mis buenos vasallos  
que me guardan a Valencia por sus murallas rondando."  
A lo cual dijo Minaya: "Es consejo muy sensato."

*Poema 77.*

"..... que a mi mujer y a mis hijas, que allí en Castilla se están,  
si a tanto alcanza su gracia, me las deje ya sacar.  
Ya mandaré yo por ellas, sabed cómo eso se hará:  
a la mujer y a las hijas de Rodrigo el de Vivar  
se irá a buscar con tal pompa que a gran honra llegarán  
hasta estas tierras extrañas que hemos podido ganar." .....

*Poema 85.*

Alegre se puso el Cid como nunca más, ni tanto,  
de aquello que más quería la noticia le ha llegado.  
A doscientos caballeros que salgan les ha mandado  
a recibir a Minaya y a las damas hijasdalgo.  
El se estará allí en Valencia guardándola y vigilando;  
sabe muy bien que Alvar Fáñez ya traerá todo cuidado.

*Poema 86.*

Manda traer a *Babieca*, poco ha que le ganara  
 del rey moro de Sevilla en aquella gran batalla;  
 aún no sabe Mio Cid, que en buen hora ciñó espada,  
 si será buen corredor y si muy en seco para.  
 A la puerta de Valencia, donde bien a salvo estaba,  
 ante su mujer e hijas quería jugar las armas .....

.....  
 Mio Cid el bienhadado tampoco se retrasaba:  
 túnica de seda viste, muy crecida trae la barba,  
 ya le ensillan a *Babieca*, muy bien que le enjaezaban,  
 se monta en él Mio Cid y armas de palo tomaba.  
 En el nombrado *Babieca*, el Campeador cabalga,  
 arranca a correr y dió una carrera tan rauda  
 que todos los que le vieron maravillados estaban.  
 Desde aquel día *Babieca* fué famoso en toda España.  
 Al acabar la carrera ya Mio Cid descabalgaba,  
 y va donde su mujer y sus dos hijas estaban.  
 Al verle Doña Jimena a los pies se le arrojaba:  
 "Merced, Campeador, que en buen hora ceñiste espada.  
 Sacado me habéis, oh Cid, de muchas vergüenzas malas,  
 aquí me tenéis, señor, vuestras hijas me acompañan,  
 para Dios y para vos son buenas y bien criadas."  
 A la madre y a las hijas mucho el Cid las abrazaba,  
 y del gozo que tenían todos los cuatro lloraban.  
 Esas mesnadas del Cid muy jubilosas estaban,  
 jugaban a juegos de armas y tablados derribaban.  
 Oíd lo que dijo Rodrigo, que en buen hora ciñó espada:  
 "Vos, Doña Jimena, querida mujer y honrada  
 y mis dos hijas, mi corazón y mi alma,  
 en la ciudad de Valencia conmigo haced la entrada,

en esta hermosa heredad que para vos fué ganada.”  
Allí la madre y las hijas las dos manos le besaban.  
En medio de grandes honras las tres en Valencia entraban.

*Poema 90.*

“¡Loado sea el Creador y Padre Espiritual!  
Los bienes que yo poseo todos ahí delante están;  
con afán gané Valencia, la tengo por heredad,  
como no sea por muerte no la puedo yo dejar.  
A Dios y a Santa María gracias les tengo que dar  
porque a mi mujer e hijas conmigo las tengo acá.  
La suerte viene a buscarme del otro lado del mar,  
tendré que vestir las armas, que no lo puedo dejar,  
y mi mujer y mis hijas ahora me verán luchar.  
Verán en tierras extrañas lo difícil que es estar,  
harto verán por sus ojos cómo hay que ganar el pan.”  
A su mujer y a sus hijas al alcázar súbelas,  
los ojos alzaban, tiendas vieron colocar:  
“Por Dios, Mio Cid, ¿qué es ese campamento que allí está?”  
“Jimena, mujer honrada, que eso no os dé pesar,  
para nosotros riqueza maravillosa será.  
Apenas sois llegada y ya regalos os quieren dar,  
para casar a las hijas aquí os traen el ajuar.”  
“Gracias os doy, Mio Cid, y al Padre Espiritual.”  
“Mujer, en este palacio y en esta torre quedad,  
no sintáis ningún pavor porque me veáis luchar,  
que Dios y Santa María favorecerme querrán  
y el corazón se me crece porque estáis aquí detrás.  
Con la ayuda del Señor, la batalla he de ganar.”

*Poema 95.*

Recibenlo allí las damas, que le estaban esperando,  
ante ellas para Mio Cid, sujetando a su caballo:  
"Ante vos me humillo, damas, gran honor os he ganado;  
vos me guardábais Valencia y yo vencía en el campo.  
Esto Dios lo quiso así, y con El todos sus santos,  
cuando por venir vosotras tal ganancia nos han dado.  
Ved esta espada sangrienta, ved sudoroso el caballo,  
es así como se vence a los moros en el campo.  
Rogad a Dios que os viva todavía algunos años  
y muchos os besarán, en vasallaje, las manos."  
Esto dijo Mio Cid, luego bajó del caballo.  
Cuando ya estuvo en el suelo y lo ven descabalgado,  
las damas y las dos niñas, la esposa que vale tanto,  
ante el Cid Campeador las dos rodillas hincaron:  
"Vuestras somos y Dios quiera que aún nos viváis muchos años."  
Volvieron con él las damas y entran todos en palacio.  
Con el Cid van a sentarse en muy preciosos escaños:  
"Mi mujer, Doña Jimena, ya que así lo habéis rogado,  
a las damas que trajisteis y que os han servido tanto  
quiero casar con algunos de estos mis buenos vasallos:  
a cada una de ellas le daré doscientos marcos  
y que sepan en Castilla que sirvieron a buen amo.  
De casar a vuestras hijas ya se hablará más despacio." .....

*Poema 96.*

..... dirán al rey que Mio Cid ambas manos le besaba,  
que de esta lid que Rodrigo de Vivar tiene ganada,



doscientos buenos caballos en regalo se los manda,  
que siempre le servirá mientras aliente su alma.

*Poema 102.*

Dijo el Cid: "De gran linaje vienen esos de Carrión,  
andan siempre con la corte, muy orgullosos que son;  
estas bodas, en verdad, no me gustarían, no;  
pero si el rey lo aconseja, él que vale más que nos,  
bien podemos en secreto discutir esta cuestión,  
y que el Dios de los cielos nos inspire lo mejor." .....

*Poema 104.*

De las puertas del alcázar esto Mio Cid mandó:  
ni de día ni de noche no las abra nadie, no.  
Dentro se queda su esposa, quedan sus hijas las dos,  
en las que el Cid tiene puestos el alma y el corazón .....

.....  
Un día antes de que llegue Mio Cid, el rey llegó.  
Cuando vieron que venía ese buen Campeador,  
a recibirle salieron con grandes muestras de honor.  
Al verlos adelantarse el que en buen hora nació,  
a todos sus caballeros que parasen los mandó,  
menos a unos pocos de ellos que quiere de corazón.  
Con esos quince vasallos del caballo se apeó,  
cual lo tenía pensado el que en buen hora nació.  
De rodillas se echa al suelo, las manos en él clavó,  
y las hierbas del campo con sus dientes las mordió;  
del gozo que tenía el llanto se le saltó.

Así rinde acatamiento a Alfonso su señor .....

Con las rodillas hincadas seguía el Campeador :

“Merced os pido, buen rey, vos mi natural señor,  
que ante vos arrodillado me devolváis vuestro amor,  
y que puedan oírlo todos los que están alrededor.” .....

*Poema 105.*

“Ahora una merced os pido, a vos mi rey natural:  
ya que casáis a mis hijas según vuestra voluntad,  
nombrad vos quien las entregue, mis manos no las darán  
y los infantes de eso no se podrán alabar.” .....

*Poema 114.*

Al Cid y a todos los suyos gran contento les entró,  
van a tener más ganancias y dan las gracias a Dios.  
Pero mucho lo sintieron los infantes de Carrión,  
y el ver tanta tienda mora muy poco gusto les dió.  
Entonces los dos hermanos se apartaron a un rincón:  
“Calculamos las ganancias, pero los peligros no.  
Ahora aquí en esta batalla tendremos que entrar los dos;  
me parece que ya nunca volveremos a Carrión  
y que enviudarán las hijas de Mio Cid Campeador.”  
Aunque hablaban en secreto, les oye Muño Gustioz  
y vino con estas nuevas a Mio Cid Campeador:  
“Ahí tenéis a vuestros yernos; de tan valientes que son  
al ir a entrar en batalla echan de menos Carrión.  
Idlos vos a consolar, por amor del Creador,

que no entren en la batalla y se estén en paz los dos.  
Con vos nos basta a nosotros y ya nos valdrá el Señor.”  
Mio Cid Don Rodrigo, sonriendo salió:  
“Dios os salve, mis yernos, infantes de Carrión;  
en brazos tenéis mis hijas, tan blancas como el sol.  
Yo suspiro por batallas y vosotros por Carrión.  
Quedaos aquí en Valencia, holgad a vuestro sabor,  
que de luchar con los moros ya entiendo bastante yo  
y a derrotarlos me atrevo con merced del Creador.”

*Poema 116.*

El buen Minaya Alvar Fáñez entonces se fué a acercar:  
“Escuchad lo que os digo, Cid Campeador leal.  
Esta batalla de ahora el Señor es quien la hará,  
vos gozáis de su favor y con vos ha de luchar.  
Decidnos a cada uno dónde tiene que atacar  
y todos su obligación cual vos mandéis cumplirán.  
Con Dios y con vuestra suerte veamos lo que ha de pasar.”  
Dijo Mio Cid: “No hay prisa, tengamos serenidad.” .....

*Poema 117.*

Entre las filas primeras el Campeador se entraba,  
a siete tira por tierra, y a otros cuatro los mataba.  
Así empieza la victoria que aquel día fué lograda .....

*Poema 122.*

Por Marruecos, donde están las mezquitas, va la voz  
de que una noche a asaltarlos llegaría el Campeador .....

*Poema 124 y 125.*

Iba a comenzar la marcha, la despedida llegó.  
Entonces las dos hermanas, Doña Elvira y Doña Sol,  
van a hincarse de rodillas ante el Cid Campeador:  
"Merced os pedimos, padre, válgaos el Creador,  
vos nos habéis engendrado, nuestra madre nos parió,  
señor y señora nuestros, estáis delante los dos.  
Ahora, padre, nos mandáis a las tierras de Carrión,  
y fuerza nos es cumplir aquello que mandáis vos.  
Así, merced os pedimos, nuestro padre y buen señor,  
que mandéis noticias vuestras a las tierras de Carrión."  
Las abraza y en la boca las besa el Cid a las dos.

Esos abrazos y besos la madre los doblaba:  
"Id con Dios, mis buenas hijas, y que el Creador os valga;  
el amor de vuestro padre y el mío os acompaña ....."

*Poema 133.*

"A Alfonso el Castellano irás con esta misión:  
en mi nombre bésale la mano con alma y de corazón,  
que vasallo suyo soy y él es mi rey y señor;  
la deshonra que me han hecho los infantes de Carrión  
que la sienta él como suya en el alma y corazón;  
él fué quien casó a mis hijas, porque no se las di yo.  
Ahora que las abandonan con ese gran deshonor,  
la deshonra que a nosotros nos tocara de esa acción,  
sea poca o sea mucha, es toda de mi señor.

Lleváronse los infantes riquezas que mías son,  
 esta afrenta se me añade a aquel otro deshonor.  
 Que los cite el rey a juntas o a cortes deseo yo,  
 páguenme lo que me han hecho los infantes de Carrión,  
 que llevo un rencor muy grande dentro de mi corazón." .....

*Poema 135.*

"Mi mujer, Doña Jimena, que es dama de condición,  
 os ruega, igual que mis hijas, Doña Elvira y Doña Sol,  
 que os doláis con nosotros de aquella afrenta, señor"  
 Dijo el rey: "Mucho me pesa, eso bien lo sabe Dios."

*Poema 137.*

Así va para las cortes aquel buen Campeador.  
 Del caballo se ha apeado allí en la puerta exterior;  
 el Cid con todos los suyos con gran dignidad entró,  
 él iba en medio de todos y los ciento alrededor .....

Al Cid el rey Don Alfonso de las manos le cogió:  
 "Sentaos aquí conmigo, Ruy Díaz, Campeador,  
 aquí en este mismo escaño de que vos me hicisteis don;  
 aunque a algunos pese, más que nosotros valéis vos."  
 Gracias le da muy rendidas el que a Valencia ganó:  
 "Sentaos en vuestro escaño que vos sois rey y señor,  
 aquí a un lado con los míos deseo quedarme yo."

.....  
 "Ahora que haga su demanda Mio Cid Campeador  
 y veremos qué responden los infantes de Carrión."  
 El Cid besa al rey la mano y luego se levantó:

"Mucho que os agradezco, como a mi rey y señor, que por amor hacia mí a cortes llamaréis vos. He aquí lo que pido a los infantes de Carrión: porque a mis hijas dejaron no siento yo deshonor, el rey verá lo que hace, que es el rey quien las casó; pero al llevárselas ellos de Valencia la mayor, como quería a mis yernos con alma y de corazón, les di *Colada* y *Tizona*, mis espadas, esas dos que yo gané con esfuerzo de verdadero varón, porque con ellas se honrasen y os sirviesen a vos. A mis hijas las dejaron en el robledal; si no querían ya de lo mío y si perdieron mi amor, que me vuelvan las espadas, que yernos míos no son." Dicen entonces los jueces: "Está muy puesto en razón." Dijo el conde Don García: "Démosle contestación." A hablar fueron en secreto los infantes de Carrión con sus parientes y el bando que allí los acompañó. A toda prisa lo tratan, deciden ya una razón: "Por sus hijas no nos pide cuentas el Campeador, lo tenemos que tomar esto como gran favor. Si aquí acaba su demanda podemos darle las dos espadas; cuando las tenga se irá de la corte y no tendrá ya ningún derecho ese Cid Campeador." Esto dicho, todo el bando a la corte se volvió: "Merced, merced, rey Alfonso, vos que sois nuestro señor, no lo podemos negar, sus dos espadas nos dió; ya que tanto las desea y pide el Campeador, devolvérselas queremos estando delante vos." Allí *Colada* y *Tizona* sacaron los de Carrión, las dos espadas entregan en manos de su señor, al desenvainarlas todo en la corte relumbró; los pomos y gavilanes todos de oro son.

A todos los hombres buenos maravilla les causó.  
El rey llama a Mio Cid y ambas espadas le dió;  
las toma el Campeador y la mano al rey besó,  
luego se vuelve al escaño de donde se levantó.  
En las manos las tenía, mirándolas se quedó;  
bien las conoce, no pueden cambiarlas por otras, no.  
Todo el cuerpo se le alegra, sonrío de corazón:  
Entonces alza la mano, la barba se acarició:  
"Yo juro por estas barbas, estas que nadie mesó,  
que os iremos vengando, Doña Elvira y Doña Sol."  
A su sobrino Don Pedro por su nombre lo llamó,  
y alargándole el brazo la *Tizona* le entregó:  
"Tomadla, sobrino mío, que va ganando en señor."  
Luego a Martín Antolínez, ese burgalés de pro,  
llama el Cid, su brazo tiende y *Colada* le entregó:  
"Martín Antolínez, sois vasallo de lo mejor,  
tomadme vos esta espada, que la gané a buen señor,  
a Ramón Berenguer de Barcelona la mayor.  
Para que me la cuidéis muy bien os la entrego yo.  
Sé que si algo os ocurre, o si se ofrece sazón,  
sabréis ganaros con ella, Don Martín, honra y valor."  
Al Cid la mano le besa y la espada recibió.

Entonces se puso en pie Mio Cid Campeador:  
"Gracias al Señor del cielo, y gracias a vos, señor,  
en esto de las espadas ya estoy satisfecho yo;  
pero otra queja me queda contra infantes de Carrión.  
Cuando a mis hijas sacaron de Valencia la mayor,  
en oro y plata entregué tres mil marcos a los dos;  
esa acción me la pagaron ellos con su mala acción,  
devuélvanme mis dineros, que ya mis yernos no son."  
¡Dios, y cómo se quejaron los infantes de Carrión!

Dijo el conde Don Ramón: "Contestad que sí o que no."

Entonces así responden los infantes de Carrión:

"Ya le dimos sus espadas a Mio Cid Campeador, para que más no pidiese; su demanda ya acabó."

Ahora oiréis lo que contesta ese conde Don Ramón:

"Fallamos, si así le place a nuestro rey y señor, que a la demanda del Cid debéis dar satisfacción."

Dijo entonces Don Alfonso: "Así lo confirmo yo."

Allí vuelve a levantarse Mio Cid Campeador:

"De todo aquel dinero que os he entregado yo, decid si lo devolvéis o dadme de ello razón."

A hablar aparte se fueron los infantes de Carrión, pero no encuentran escape, que muchos dineros son, y se los gastaron todos los infantes de Carrión.

Ya se vuelven a la corte y dicen esta razón:

"Mucho nos está apremiando el que Valencia ganó; ya que tiene tanto empeño del dinero que nos dió, le pagaremos en tierras del condado de Carrión."

Dicen entonces los jueces, al oír esta confesión:

"Si así lo quisiera el Cid, no le diremos que no; pero, en nuestro parecer, tenemos por muy mejor que aquí mismo su dinero volváis al Campeador."

Al oír estas palabras el rey Don Alfonso habló:

"Muy bien sabemos nosotros lo que toca a esta razón y cosa justa demanda Mio Cid Campeador.

De esos dichos tres mil marcos, doscientos los tengo yo; me los dieron por regalo de boda los de Carrión.

Dárselos quiero que están hoy arruinados los dos, entréguenselos al Cid, el que en buen hora nació, si ellos tienen que pagar no quiero el dinero yo."

El infante Don Fernando así entonces contestó:

"Dinero no lo tenemos ya ninguno de los dos."



Ahora oiréis lo que dirá el buen conde Don Ramón:  
"El dinero de oro y plata os lo habéis gastado vos;  
sentencia damos nosotros aquí ante el rey y señor  
que lo paguen en especies y acepte el Campeador."  
Ya ven que no hay más remedio que pagar los de Carrión ...  
.....

*Poema 138.*

Las cosas dadas en pago Mio Cid las tiene ya,  
a sus hombres las entrega, ellos las custodiarán.  
Pero cuando esto se acaba aún queda una cosa más:  
"Merced, mi rey y señor, por amor de caridad;  
la queja mayor de todas no se me puede olvidar.  
Que me oiga la corte entera y se duela con mi mal:  
los infantes de Carrión me quisieron deshonorar,  
sin retarlos a combate no los puedo yo dejar."

*Poema 139.*

"Decidme, ¿qué os he hecho, infantes de Carrión?  
¿Cuándo, de burlas o veras, ofenderos pude yo?  
Ante el juicio de la corte hoy pido reparación.  
¿Para qué me desgarrasteis las telas del corazón?  
Al marcharos de Valencia mis dos hijas os di yo,  
con muchas buenas riquezas y con el debido honor.  
Si no las queráis ya, canes de mala traición,  
¿por qué quisisteis sacarlas de Valencia la mayor?  
¿Por qué las heristeis luego con cincha y con espolón?  
En el robledal quedaron Doña Elvira y Doña Sol

a la merced de las fieras y las aves del Señor.  
Estáis, por haberlo hecho, llenos de infamia los dos.  
Ahora que juzgue esta corte si no dais satisfacción."

*Poema 140.*

Allí el conde Don García de su escaño se levanta:  
"Merced, mi rey y señor, el mejor de toda España.  
Para estas cortes solemnes el Cid avezado estaba.  
Tanto la dejó crecer que muy luenga trae la barba,  
los unos le tienen miedo, a los otros los espanta.  
Los infantes de Carrión son de una sangre muy alta,  
no los merecen las hijas del Cid ni cual barraganas.  
Por esposas verdaderas, ¿quién quiso que las tomaran?  
Conforme a derecho hicieron; están bien abandonadas.  
Todo eso que dice el Cid Ruy Díaz no vale nada."  
El Campeador entonces se ha echado mano a la barba:  
"Alabado sea Dios que en cielo y en tierra manda;  
son largas, porque con mucho regalo fueron criadas.  
Conde, ¿qué es lo que tenéis que echar en cara a mi barba?  
Desde el día en que nació con regalo fué criada,  
ningún hijo de mujer se atrevió nunca a tocarla,  
ni me la han mesado hijos de moras ni de cristianas,  
como yo mesé la vuestra en el castillo de Cabra.  
Cabra cogí, y a vos, conde, bien os cogí de la barba,  
y no hubo rapaz allí que de ella no os tirara;  
de la que yo os arranqué aún se os nota la falta,  
aquí la traigo conmigo en esta bolsa guardada."

*Poema 141.*

El infante Don Fernando entonces se levantó  
y dando muy altas voces ahora oiréis lo que allí habló:  
"Mio Cid, dejad ahora, dejad esa alegación;  
todo ese dinero vuestro aquí ya se os pagó.  
Que no crezca más el pleito que hay entre nosotros dos.  
De familia ilustre somos los infantes de Carrión,  
hemos de casar con hija de rey o emperador  
y no nos pertenecían hijas de simple infanzón.  
A vuestras hijas dejamos con derecho y con razón,  
y hoy valemos más que antes, no menos, Campeador."

*Poema 142.*

En el buen Pedro Bermúdez, el Cid posa su mirada:  
"Habla ahora, Pedro el mudo, tú, varón que tanto callas.  
Que si ellas son hijas mías, de ti son primas hermanas;  
lo que me digan a mí a ti te hiere en la cara.  
Si soy yo quien les contesto no podrás entrar en armas."

*Poema 149.*

Dijo entonces Don Alfonso: "Acabe esta discusión;  
que ninguna de las partes haga más alegación.  
Mañana será el combate, en cuanto que salga el sol,  
de estos tres con estos tres, porque tres los retos son." .....

*Poema 152.*

Se van como muy honrados los tres del Campeador,  
que ya han ganado esta lucha, por gracia del Creador.  
Muy grandes son los pesares por las tierras de Carrión.  
A los del Cid que de noche salgan el rey les mandó  
para que no les asalten ni tengan ningún temor.  
De día y noche marchaban, que muy diligentes son,  
ya los tenéis en Valencia con Mio Cid Campeador;  
por malos dejaron a los infantes de Carrión,  
bien cumplieron el mandato que les diera su señor.  
¡Cuánto se alegra de aquello Mio Cid Campeador!  
Envilecidos se quedan los infantes de Carrión.  
Quien a damas escarnece y así abandona a traición,  
que otro tanto le acontezca, o alguna cosa peor.  
Pero dejemos ya a esos infantes de Carrión,  
muy pesarosos están de su castigo los dos.  
Hablemos ahora de este que en tan buena hora nació.  
¡Qué grandes eran los gozos en Valencia la mayor,  
por honrados que quedaron los tres del Campeador!  
La barba se acariciaba Ruy Díaz, su señor:  
"Gracias al rey de los cielos mis hijas vengadas son,  
ya están limpias de la afrenta esas tierras de Carrión.  
Casaré, pese a quien pese, ya sin vergüenza a las dos."  
Ya comenzaron los tratos con Navarra y Aragón,  
y todos tuvieron junta con Alfonso el de León.  
Sus casamientos hicieron Doña Elvira y Doña Sol,  
los primeros fueron grandes, pero éstos aún mejor,  
y a mayor honra se casan que con esos de Carrión.  
Ved cómo crece en honores el que en buen hora nació,  
que sus hijas son señoras de Navarra y de Aragón.

Esos dos reyes de España ya parientes suyos son,  
y a todos alcanza honra por el que en buen hora nació.  
Pasó de este mundo el Cid, el que a Valencia ganó;  
en días de Pascua ha muerto, Cristo le dé su perdón.  
También perdone a nosotros, al justo y al pecador.  
Estas fueron las hazañas de Mio Cid el Campeador;  
en llegando a este lugar se ha acabado esta razón.

### Clave.

Sustancia viva de toda gesta, motivo y razón del crear épico, es, por necesidad, el héroe protagonista. Los ideales todos de un pueblo, el completo conjunto de tendencias sublimadoras de la realidad, se funden en la preciosa copela matriz del héroe representativo, poderoso y justo símbolo, no sólo del momento histórico localizado en el decurso de los siglos, sino, más bien, del eje estimativo de todo el subsuelo histórico de una colectividad nacional.

El momento es, pues, crítico, en este intento de comprensión que nos ocupa. Mio Cid se perfila, se nutre de acusadas actitudes, adquiriendo a través de sus hechos una manera de estar, una manera de comportarse, una definida y potente personalidad. Agucemos, ahora, nuestro entender, en un esfuerzo de hondura. Y que no nos detenga la horizontalidad de la forma, el mágico rumor cortical de la obra, que se tra-

ta de gustar la clave histórica que vale la sombra psíquica del héroe frente a los otros héroes de las gestas europeas.

En los primeros versos del Cantar de Roldán se nos muestran ya, típicas e inconfundibles, las más destacadas reacciones y vivencias del carácter de su héroe. El origen mismo de la gesta, la disputa entre Roldán y Ganelón, el que se anuncia como traidor, dirige ya la atención del que observe hacia la postura orgullosa y descarada del conde capitán. Ríe Roldán, en estas escenas, con una risa vana y provocativa, inútil y estéril, que suena como el bajo tenido de todo el Cantar. Que con desagradable agudeza ha de expresarse, poco más tarde, Ganelón el traidor: "Su mismo orgullo ha de perderle, porque cada día se pone en trance de morir. Que alguien lo mate y tendremos, al cabo, una paz firme." "Roldán—le contesta el moro Blancadrín con curiosa clarividencia— es bien odioso, porque de toda la nación quiere hacer una esclava, y sobre toda tierra quiere dominar."

Descubren estas certeras frases el auténtico fluir de la psicología egoísta del héroe carolingio. Cada día se pone en trance de morir, Roldán. Mas, ¿qué hondo sentir inspira su constante audacia? ¿Qué tensión ideal lo empuja hacia este arrojo? La hermética vanidad del alarde personal, la absorbente necesidad de la supe-

ración, del record del valor. No hay nada tras su gesto audaz, no hay razón ni motivo nacional que mueva su pelear. Por eso, Ganelón —¡qué tristes son las palabras justas y razonables en boca de traidores!— atina al afirmar que si alguien da muerte a Roldán, la paz será, al fin, definitiva y segura. Por eso, el moro Blancadrín se extraña de que Roldán quiera dominar sobre toda tierra y esclavizar a su nación. Dominar por dominar, esclavizar por sentirse amo y señor de esclavos. Sin objeto ni fin. La ambición encerrada en el laberinto estéril de su propio egoísmo y vanidad.

Este mismo orgullo, eje de la gesta, este amor propio narcisista, permanente norma del Cantar, motiva otro tema que se repite pesadamente por boca del héroe y, aún, por la de alguno de sus compañeros: “..... que no se cante de nosotros una gesta desdichada.” “Perdería mi renombre en la dulce Francia.” “No suframos que de ellas (de las espadas) pueda burlarse un mal cantar.” “Que ningún valiente pueda cantar de vosotros una gesta infamante.” En la postura heroica del héroe carolingio hay, pues, una gran carga de temor al ridículo y, especialmente, de ansia de glorificación personalista. Falla, una vez más, la raíz generosa que se nutre de obligaciones para con la colectividad, de servicios a un todo nacional, a un núcleo imperial.

Aún más se señala este holgarse en muelles egoísmos irresponsables en la curiosa disputa entre Roldán y Oliveros. Oliveros, prudente y razonable, la figura más sugestiva de todo el Cantar, valiente, mas no insensato, aconseja al conde capitán que suene el olifante ante lo estéril de la inevitable derrota que amaga a los francos. Carlomagno acudirá al escucharlo, los infieles serán deshechos y el ejército carolingio traspondrá los puertos pirenaicos indemne y tranquilo. Mas Roldán se niega obstinadamente, con terquedad de cazarro, a tañer el cuerno: “..... que jamás hombre alguno pueda decir que me han hecho tañer el olifante los paganos.....” “—¿Por qué habíais de quedar deshonorado?”, pregunta el inteligente Oliveros. No cede Roldán y sacrifica a su necesidad de *recordman* heroico veinte mil hombres, flor del ejército, en un absurdo alarde de resistencia.

Esta primera disputa entre Oliveros y Roldán contrasta violentamente con una nueva discusión que se entabla entre los dos compañeros, una vez producida la rota de Roncesvalles, en los últimos momentos de su pelear. Entonces es Roldán quien, para salvar a los que todavía viven —y no deja de ser sintomático que sea él, Roldán, uno de los que viven todavía—, propone tañer el olifante. Y es entonces también cuando, con una curiosa inversión de papeles, y casi de palabras, se niega ya a tolerarlo el valiente y digno Oli-



veros. Señalemos, pues, en este instante, algunas frases de Oliveros que acusan claramente la ególatra psicología de Roldán: "Cuando yo quise, vos no quisisteis tañer el olifante. Hacedlo ahora, mas no por mi acuerdo. ¡Tocad el cuerno, aunque hacer tal no es de valientes!....." "Cuando yo os hablé de tocarlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiera vuelto, nada hubiésemos sufrido. Los que aquí yacen ningún reproche han merecido ....." "Compañero, vuestra es la falta, porque el valor sensato no es lo mismo que locura, y es mejor medida que jactancia. Si murieron nuestros francos fué por vuestra ligereza ....."

Roldán, el conde bretón, el héroe máximo de las gestas francesas, la estrella polar del orgullo francés, hubiera sido condenado a la última pena, en nuestros días y en nuestra Patria, por un consejo de guerra justo y ecuánime, de haber sobrevivido a la rota insensata provocada por su vanidoso gesto, demasiado caro para los francos.

Otra lógica consecuencia de esta postura es la deformación permanente del enemigo, en un sobrecargarlo de fantásticos y terroríficos atributos que hagan más valioso su vencimiento. Y, también, ese goce desagradable, y casi repugnante, de exhibir sin cesar órganos rotos y derramadas vísceras, en un exceso que nos recuerda el viejo refrán nuestro: "A mal Cristo, mucha sangre."

Los postreros instantes de la vida del héroe, magníficos literaria y estéticamente considerados, mas llenos de vanidad hasta en su último gesto, sin un recuerdo familiar, sin un hondo sentir del trance, son otra nueva exhibición de la psicología egocentrista de Roldán. Ese máximo gesto de orgullo que significa el repetido intento de quebrar la espada, porque "nunca habrá otro vasallo parecido en Francia, la santa", debe compararse a aquel generoso y espléndido regalar espadas propio de Mio Cid, que no por eso goza menos en ganarlas, poseerlas y recobrarlas. La espada *Durandarte* se hace símbolo vivo de toda una histórica vanidad, que no siente más que su propio halago y que, ni ante la muerte, ni ante la proximidad del contacto con Dios, se vence en algún gesto de generosa y fecunda modestia.

"Yo soy Ruy Díaz, el Cid Campeador", dice con fuertes voces el héroe castellano en plena batalla. Mas, ¿qué es lo que es, precisamente, Rodrigo? Un héroe total. Un héroe humano, real, generoso, comprensivo, prudente si es menester. Y de una lealtad que conmueve, por lo diamantina y ejemplar.

Pasemos brevemente sobre el aspecto bélico del héroe. Lo hemos visto ya combatir con perpetuo arrojo, vencer con normalidad a sus enemigos, sin deformadores ni ridículos excesos. Lo hemos contemplado

inmediatamente después del pelear, recién desarmado, impresionante, satisfecho y sereno. Hemos asistido, incluso, a esa típica desvalorización hispánica del enemigo que nace de la propia estimación interior. Dejemos, pues, al Cid "que piensa en lides" y tratemos de gustar la inagotable riqueza afectiva que vive el noble Campeador.

En este centrar psíquicas honduras que nos interesa, creemos hallar uno de los más valiosos núcleos éticos y afectivos del caudillo, símbolo nuestro, no hay que olvidarlo, en su actitud familiar, clara y concreta en algunos de los anteriores textos recogidos.

El tema familiar es copioso e inagotable en el Poema. El héroe es un héroe que es padre y esposo en todo momento. Y su dama es su mujer; y su fin honrarla creándola una posición, una dote para sus hijas, "en las que tiene puestos el alma y el corazón". Recordemos, para afincar el concepto, aquellas profundas escenas familiares en la despedida del desterrado. Ha incurrido Mio Cid, por obra y mala fe de intrigantes cortesanos mezcladores de cizaña, en la ira del rey. De aquel rey mi señor Alfonso VI, "Imperator toletanus", que fué un gran rey, mas que no supo ser un buen señor. "¡Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor!", se queja la gesta, refiriéndose al Cid.

Desterrado de Castilla, se dirige el Campeador al Monasterio de San Pedro de Cardeña, para consumir

en él, junto a su familia, las últimas horas del plazo concedido por el rey para salir de la tierra. Llega en el alba Rodrigo al monasterio, mientras los monjes cantaban los maitines y doña Jimena rogaba a San Pedro y al Creador por su Cid. Reciben los monjes al caballero, todavía apagados los ojos por el sueño recién cortado, y aparece doña Jimena con sus dueñas, que traen a las dos hijas en los brazos. Traspasada por un dolor digno y hondo, la esposa cae de hinojos ante el cónyuge que un rey, su pariente, la obliga a perder. Llorando le quiere besar las manos. Y exclama:

¡Merced, Campeador, el bienhadado!  
Por calumniadores malos de la tierra sois echado.  
¡Merced, oh Cid, barba tan cumplida!  
Henos ante vos a mí y a vuestras hijas,  
pequeñas son y de días chicas;  
aquí están mis dueñas, por quien soy servida.  
Ya veo que vos vais de partida  
y yo de vos he de separarme en vida.  
¡Dadnos consejo, por amor de Santa María!"

Inclinó las manos el de la barba vellida  
y a sus hijas en brazos las prendía,  
llególas al corazón, que mucho las quería.  
Lagrimen sus ojos y fuertemente suspira:  
"¡Oh, Doña Jimena, la mi mujer tan cumplida!,  
como a mi alma yo tanto os quería.  
Ya lo veis, que nos hemos de separar en vida,

a vos os toca quedaros, a mí la ida.  
Quiera Dios y Santa María  
que aún con mis manos case a estas mis hijas  
y quede ventura y algunos días de vida  
para que vos, mujer honrada, por mí seais servida.”

Prende, pues, el héroe a las niñas en sus brazos y, alzándolas, se las llega al corazón palpitante y amargo, mientras le asoma el llanto a los ojos audaces y se quiebra en un suspiro el ancho pecho invicto. Después trata de alentar a doña Jimena, que tenían que separarse los dos en vida, cuando al unirse se unieron en un gozo conyugal que soñaron permanente, que sólo la muerte habría de romper. Y, ahora, la injusticia envidiosa de un mal señor los obliga a perder la acordada alegría del contacto, del cotidiano quererse en un hogar sano y trabado. Conjunta había de sufrir Rodrigo la doble pérdida: la de aquella “tierra” que él sentía ya como Patria, y la de su familia, obligándole el destierro a un permanente riesgo y trajín.

Pasan juntos el día y la noche. Mas llega, al fin, la hora acerba de la partida, que ya han quebrado los albores entre cantos de gallos y apremia el cabalgar. Después de los maitines, después del hondísimo rezar de doña Jimena, seguida fervorosamente la *missa votiva de Sancta Trinitate*, en un postrer juntarse ante Dios y ante Santa María, van a separarse.

El trance es penoso. Los versos del Poema se ha-

cen lentos, insistentes, como si al juglar le pesara también el instante, como si la escena adquiriese inesperadamente vida propia, haciendo instrumento de su carga emotiva a quien la crea. Y se retrasa la angustia del último adiós, con ese alargar críticas despedidas tan propio de la realidad.

La oración hecha, la misa acabada está;  
salieron de la iglesia, ya quieren cabalgar.  
El Cid a Doña Jimena íbala a abrazar;  
Doña Jimena al Cid la mano le va a besar  
llenos de llanto los ojos, que no sabe cómo estar.

Y el Cid a las niñas tornólas a mirar:  
"A Dios os encomiendo y al Padre Espiritual;  
ahora nos partimos, Dios sabe el ajuntar."  
Los ojos llenos de llanto, como nunca visteis tal,  
como la uña de la carne así apartándose van .....

Torna y retorna el héroe la mirada sobre el calor de sus hijas. Que se separan con ese tremendo dolor que nace del apartar la uña de la carne, feliz imagen de necesario contacto, de penosa separación. Y llega ahora el momento más noble de la escena, cumbre y desahogo de toda la tensión, de toda la carga patética que ha ido agobiando el instante. Monta Rodrigo a caballo y contempla la circunstancia. A un lado, lo que deja, es decir, todo. Al otro, nada; un futuro turbio y, desde luego, penoso. Y se le traspassa el noble ros-

tro, se le quiebra la color, que Mio Cid es un héroe de carne y hueso que sufre hondas amarguras y goza vehementes júbilos.

A tan gran sabor habló Minaya Alvar Fáñez:

"Cid, ¿dó son vuestros esfuerzos?, que en buen hora nacisteis de madre;

pensemos de ir por nuestra vía, que esto debemos dejar.

Que todos estos duelos en gozo se tornarán;

Dios que nos dió las almas consejo nos dará."

Consuela Alvar Fáñez al conmovido Campeador. Lo alienta en un sobrio y simple recordarle obligaciones y deberes, que es como se consuelan los dolores de los héroes. Y Mio Cid cabalga ya, mientras el grupo familiar se empequeñece junto al atrio del monasterio, en la fresca y clara madrugada de la meseta, y los versos de la gesta, pasado el duro trance, se hacen itinerario y trajín de salida.

El viaje de doña Jimena y de sus hijas y, especialmente, su llegada a Valencia la mayor crean nuevas ocasiones de mostrar este aspecto íntimo de los aspectos familiares del Cid. Cuando llega la esposa ante las puertas de la ciudad recién ganada, el héroe se apresura a jugar las armas en presencia de su familia, probando a *Babiaca*, en un sano y emocionante alarde de satisfacción interior. Y poco más tarde, establecidos ya todos en su ciudad, pronuncia Rodrigo

concretísimas y reveladoras palabras ante la amenaza del ejército almorávide que acampa frente a Valencia con intenciones de reconquista:

"Venídomes es delicia de tierras de allende el mar,  
tomaré mis armas, no lo puedo dejar;  
mis hijas y mi mujer han de verme lidiar;  
verán en tierras extrañas lo difícil que es estar,  
harto verán por sus ojos cómo se gana el pan."

Señalan estas anteriores notas la importancia que concede el Campeador a que su familia aprecie su esfuerzo y su valor, es decir, invirtiendo los términos, la importancia que el héroe concede a su familia. Es el orgullo sano y fecundo en acciones el que anima e invade a Mio Cid moviéndolo a justar ante su mujer, recreándose en admirar a su cónyuge con su destreza, convirtiendo en afortunada delicia el poder pelear en su presencia con el más temible y numeroso enemigo. Así lo verán luchar, así se darán cuenta de lo difícil que resulta mantenerse en tierras hostiles, así conocerán lo penoso que es ganarse el pan.

No precisa Mio Cid de adornos somáticos, de gentiles atributos, de éxitos de conquistador de corazones, como los héroes de las gestas carolingias. Que en el Poema del juglar castellano, ocho veces ya centenario, no hay damas que se brinden placenteras, como en el Cantar de Roldán, por ejemplo, porque Rodrigo sólo



piensa en su mujer y en sus hijas, aquellas dos hijas que Jimena educó cuidadosamente en la separación: "Para vos y para Dios buenas son y bien criadas". Buenas para con Dios, buenas para con su padre. Hijas perfectas, las hijas del Cid. Aquellas hijas que habían de ser repugnantemente afrentadas por dos miserables en el robledal de Corpes.

Otro aspecto notabilísimo del Cid, aún más valioso en aquellos oscuros siglos medievales, es su sentido práctico, su comprensiva bondad, e, incluso, el hacerse perfecto y objetivo cargo de la situación moral y de los derechos del enemigo.

Ganado Castejón, se pone el Campeador al habla con sus vecinos y negocia con Hita y con Guadalajara, para vender, aunque le paguen poco, su quinta parte en el botín. Más tarde, juzgando peligrosa su estancia en Alcocer, vende también el Cid el castillo a los de Ateca, Terrer y Calatayud. Al conquistarlo había dado muestras Rodrigo de su gran clemencia con los vecinos, y, al abandonarlo ahora, los moros y moras lloran tristemente, ya que vivían mejor sometidos a la patriarcal tutela del héroe que bajo la tiranía de sus propios señores.

Esta carencia de obcecación fanática y subjetiva, esta diafanidad objetiva e inteligente del héroe llega a perfiles insospechados que acusan un carácter medie-

val originalísimo y radiante. Cuando Rodrigo saquea tierras de Valencia, es sitiado bruscamente en Murviedro por los moros valencianos. Al observar por la mañana el cerco, exclama el Cid:

“¡Alabado sea Dios, Señor Espiritual!

Nos metimos en sus tierras, les hacemos mucho mal,  
el vino suyo bebemos y nos comemos su pan.

Con buen derecho lo hacen si nos vienen a cercar” .....

Este justo y noble trasladarse a los derechos de los enemigos sólo pudo nacer en boca de un español, y por medio de la pluma de otro español, en un gesto magnífico de comprensiva y equitativa espiritualidad.

Giremos ahora nuevamente y observemos al héroe desde otro punto de vista etopéyico. Habla claro Rodrigo. No engaña a sus huestes con optimistas halagos. Cuando la situación es grave se lo comunica a sus mesnadas para que respondan a lo duro del trance. Sabe dirigir y acaudillar. Mas es también prudente. “Tengamos serenidad”, exclama en cierta ocasión. No hay en Rodrigo ni un solo gesto de inconsciencia, ni un arrebatado de ciega vanidad. Medita, estudia, observa y, una vez tomada la decisión, obra rápida y enérgicamente. Y sabe cuidar, cuando es menester, del orden y de la disciplina de su hueste, tomando las medi-

das oportunas, según nos enseñan algunos de los versos del Poema anteriormente recogidos.

No es hosco y severo Rodrigo, que sabe alegrarse con cómicas situaciones que él mismo provoca. Recuérdense esas curiosas escenas concernientes a su contacto con el conde de Barcelona, Don Ramón Berenguer, jugosas y amenas, pero siempre teñidas de la misma generosa lealtad.

Un noble atributo más que enriquece la figura cívica es su postura constantemente digna y señorial, con señorío vital, que es el auténtico. Que "no son todos caballeros cuantos cabalgan caballos", escribió agudamente Gutierre Díez de Games en su *Victorial*, o Crónica de Don Pero Niño.

Fija y permanente en todo el Poema, culmina esta dignidad, recia y tranquila, del Campeador en el tremendo choque emotivo provocado por la afrenta repugnante y rastrera que sufren sus dos hijas en el roble-dal de Corpes. Después de haber gustado el intenso sabor del cariño familiar del héroe, después de haber asistido a sus hondas emociones paternas, sustancia y fin de su vida particular, pudiera esperarse, ante el suceso, una colérica y rabiosa explosión totalmente justificada. Mas la medida del héroe casi nos sorprende. Ni un gesto desacordado, ni un insulto incontinido, ni una amenaza personal. Pero un decidido encauzar el

derecho a lavar la afrenta, por las vías legales y públicas, lleno de férrea constancia, de recta energía, de hábil inteligencia, de agudísima astucia, que nos permite conocer aquel firmísimo eje ético que hacía de la personalidad del Cid un caudillo ejemplar.

Obligado tácitamente por el rey a casar a sus hijas con los infantes de Carrión, miserables y ridículos, nimbados de nombre y de parentela ilustre, es decir, ricos en esos *alienis spoliis* que habrían de crear el terrible lema de una de las empresas más sabrosas de Saavedra y Fajardo, hueros de propios hechos, el Campeador perfila su asombroso carácter en aquellas inolvidables y espléndidas escenas de las cortes de Toledo, que hemos transcrito abundantemente de la versión del Poema en romance, pues valen el centro psíquico de la gesta:

Al Cid el rey Don Alfonso de las manos lo cogió:

“Sentaos aquí conmigo, Ruy Díaz, Campeador,  
aquí en este mismo escaño de que vos me hicisteis don; .....”

Gracias le da muy rendidas el que a Valencia ganó:

“Sentaos en vuestro escaño, que vos sois rey y señor,  
aquí a un lado con los míos deseo quedarme yo.”

Que Mio Cid sabía ya aquello que Cervantes puso en boca del rotundo Sancho: “que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.” Y que el caudi-

llo, hállese donde se halle y titúlese como se titule, será siempre el caudillo.

Digno y generoso, justo y cumplido, valiente y cauto, afectuoso, inteligente y honrado, todavía nos resta el tratar de lo que, a nuestro juicio, constituye la sustancia misma de la figura del héroe. Su insuperable y clarísima lealtad.

Las reacciones psíquicas de Rodrigo ante las injusticias del rey son casi sobrehumanas. No sólo no le inspiran ni un momentáneo gesto de rebeldía, de vanidad herida, de amor propio rozado, sino que su amor a Alfonso no decae jamás.

De rodillas se echa al suelo, las manos en él clavó,  
las hierbas del campo con sus dientes las mordió;  
del gozo que tenía el llanto se le saltó.

Así rinde acatamiento a Alfonso su señor .....

Con las rodillas hincadas seguía el Campeador:

“Merced os pido, buen rey, vos mi natural señor,  
que ante vos arrodillado me devolváis vuestro amor,  
y que puedan oírlo todos los que están alrededor.”

Ahora bien; si en este aspecto de la personalidad cidiana supiéramos que la realidad histórica era opuesta a esta actitud, o, sencillamente, que se ignoraba la postura del Cid en cuanto a sus relaciones con Alfonso, el problema no existiría, pues esta vena cidiana se-

ría juzgada como una sublimación patriótica, o política, de los hechos por el juglar autor del Poema.

Mas la fidelidad de perro noble y cariñoso que vive Rodrigo hacia su señor en el Poema se corresponde exactamente con una realidad histórica bien comprobada. De aquí el problema que se nos plantea.

Hay que rechazar, por absolutamente contrario a toda experiencia psicológica, que este querer a Alfonso del Cid fuera un afecto hacia su persona, de la que no había recibido más que envidiosos y amargos desdenes y mezquinas iras. Rechazado, pues, este inadmisibile suponer, el panorama íntimo del héroe se hace clave y razón de su conducta con el rey. Es a Alfonso como rey y señor a quien el caudillo ama. Es en Alfonso en quien el Cid siente e intuye el símbolo de una Patria, que el propio Rodrigo ensancha trabajosamente, el núcleo de una hispanidad naciente que él mismo elabora con sus victorias. De este sentir le nace al héroe esa manifiesta repugnancia instintiva que le impide luchar contra el rey. Por ese fresco hontanar corre la vena clarísima de su querer. Y se deja intonsa la barba, "por amor del rey Alfonso, que de su tierra me ha echado"; y le envía continuos presentes y regalos, con el recado de "que siempre lo he de servir, mientras aliente mi alma". Y en las vistas con Alfonso, cuando por primera vez, después de su salida de Castilla, se encuentra ante el monarca, el caudillo se

echa al suelo de rodillas y, con un gesto medieval de vasallaje, muerde las hierbas, saltándosele de gozo el llanto y pidiendo al monarca que le devuelva su amor y que lo oigan todos los que están alrededor.....

¡Qué limpio en amar fuiste, Rodrigo, y qué honra nos alcanza a todos por tu nacer! Gloria y salud de Castilla, la áspera, la clara.





# CLAVE FINAL





Afirmaba D'Avril, con fundamento, que, en general, el héroe indoeuropeo no suele ser el rey. Rama es el héroe del *Ramayana* y no el rey Dasaratha. El *Shâh Nâmeh*, la epopeya irania de Firdusi, canta las gestas de Rustem, especialmente. Aquiles y no Agamenón es quien anima la *Ilíada*. Y el Santo Grial lo consigue Parsifal, no el rey Arturo, así como el héroe de los Nibelungos es Sigfrido y no el rey Günther de Worms. Curioso puede resultar, pues, conocer algunas gestas carolingias centradas épicamente sobre la figura del propio Carlomagno. El *Cantar de la Peregrinación de Carlomango*, por ejemplo, creado, también,

como el Cantar de Roldán, en el siglo XI. Su razón de origen es francamente aleccionadora:

“Se hallaba un día el gran Carlos en la real abadía de Saint Denis. Habíase colocado la imperial corona sobre su cabeza y ceñido la invicta espada a su costado. Y se paseaba ante la reina, que, cuidadosamente, lo observaba.

—Señora—grita de pronto Carlos, deteniéndose ante la reina—, ¿creéis que exista otro hombre bajo la capa del cielo que sepa llevar mejor una corona y una espada?

La reina entonces responde con imprudencia:

—Yo conozco un rey aún más imponente y más gentil.”

Herida su soberbia, trata entonces el emperador, lleno de vergüenza y de rabia, de obtener el nombre de quien lo supera. Y la reina, por salir del mal paso, cita un tanto caprichosamente, al rey Hugón, emperador de Grecia y de Constantinopla, partiendo Carlos, como consecuencia, a conquistar este imperio con sus doce pares y veinte mil francos. Y una de las principales y preferentes ocupaciones de Carlomagno y sus barones, ya en Bizancio, consiste en *gaber*, curioso juego a base de *gabs*, o gasconadas, torneo de fanfarrones y espejo de chirles vanidades.

Para completar aún más el cuadro, recordemos la sabrosa *Crónica de Turpín*, inserta en el célebre *Liber*

*Sancti Jacobi*, que contiene también la *Guía de los Peregrinos*, libro compuesto hacia el año 1140 por los cluniacenses. En el *Cantar de Roldán* conocemos que Carlomagno emplea siete años en conquistar y recorrer España. Según la crónica en cuestión, catorce. En la *Crónica de Turpín*, Santiago se aparece a Carlos para *solicitar de él* que acuda a liberar a Galicia y a la villa de Compostela de la presencia musulmana. Se forma un numeroso ejército franco, se ocupan Pamplona y Galicia, sometiéndose, al fin, toda España.

Culmina ya esta fabulosa y ridícula desfachatez en el *Cantar de la toma de Pamplona*, cantar al uso de los peregrinos de Santiago, en el que Carlomagno llega a conquistar..... ¡Córdoba! Córdoba, sí, y nada menos que en los años del gobierno del primer Omeya Abderráhmen I.

Encontramos, pues, en estas gestas carolingias el mismo signo que señala el *Cantar de Roldán*, deformado y caricaturizado por autores menos inteligentes y originales en cuanto a creación literaria. Lo absurdo, lo fabuloso, el arte y la técnica, más o menos hábiles y refinados, se combinan en curiosa conmixti3n en las gestas francesas para mayor gloria y realce del héroe. Una figura auténticamente afortunada y genial, como la de Carlomagno, no hubiera necesitado de exagerados aliños para destacarse con vi-

gor. Mas el francés se obliga siempre a abultar su vivir, individual o colectivo, con estridentes y desagradables deformaciones que lo convenzan de su propia y constante superioridad general.

Se elabora la máxima gesta francesa sobre una derrota, como ya hemos señalado. Mas la histórica rota se cubre con una falsa y apoteósica victoria que jamás existió. Que todas las gestas carolingias se mueven y retuercen en una típica atmósfera angustiosa, marcada por un signo intranquilo de inferioridad que trata de ataviarse de pesados y constantes laureles.

Frente a ese Roldán, mágico y parcial, petulante e irresponsable, la completa y robusta figura del Cid se agiganta sin un falso adorno, sin la más mínima deformación. Es el héroe total, humano y auténtico, que se mueve heroicamente en su dura circunstancia, venciendo todos los obstáculos, mostrando en todos los momentos su íntima riqueza espiritual. Después de comparar el vivir, compárese el morir de los dos héroes. Muere Roldán teatralmente, gradualmente, como muere un actor trágico; y el trajín de quebrar su espada lo ocupa en sus últimos momentos. Que no quierre el conde bretón que nadie pueda emplearla jamás; que desea hacer morir a *Durandarte* con él, ya que él muere. Acaba Rodrigo sencillamente, en días de Pascua, según el Poema; el domingo 10 de julio de 1099,

y a los cincuenta y seis años de edad, según la historia. Después de haber contenido la invasión almorávide y de legarnos la honra de su vivir.

Ni siquiera es posible superponer el Roldán del Cantar al Roldán de la historia; pero el Mio Cid del Poema, por el contrario, resulta fidelísima expresión de ese Rudericus Didaz de nuestro medievo. Un Campeador genial que supo convivir con los musulmanes en un vislumbrar lejanos destinos imperiales que se cumplirán, porque exhalan escatológica fragancia. Un héroe que desde la espléndida Valencia soñaba íntimamente con aquellas tierras del sur, con aquellas tierras de allende el mar, victoriosamente trajinadas, más tarde, por nuestros caballeros.

Mio Cid y Roldán encierran en sus opuestas actitudes dos claves históricas. Toda la psicología francesa, todo el subsuelo psíquico de Francia, se nos muestra tras la sombra de su máximo héroe. Es Francisco I, el galante y gentil monarca, el Cristianísimo rey aliado del turco; es Enrique IV, el sutil renegado bearnés, que compraba reinos pagando en misas; es Richelieu, cardenal de la Iglesia, mantenedor y guía de protestantes, y son el estadista demócrata que adulaba al zar de todas las Rusias, y el burgués muelle y millonario que negocia con el asesino Stalin o con el camarada Dimitrof de la Tercera Internacional.

Se enflora la estirpe cidiana de totales, de perfectos caudillos. Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Carlos V, Cortés, Franco..... Francia, sometida a una típica y constante presión subconsciente, sueña con supremacías que pasaron y que necesita expresar, todavía, cuando las consigue momentáneamente—¡oh, soles absurdos de un rey que quiso ser sol!—. Es, como hemos dicho, el gallo estridente y gritón que arrastra el ala entre nubes de áurea polvareda para ocultar una cola que siempre teme contemplarse desplumada. España, estoica y digna, replegada sobre sí misma en sus tristes horas, gira y renace sobre un eje diamantino, sobre una clarísima vena heroica, sobre una necesidad épica que no se resigna a vegetar en un clima mezquino y que cuando no vive un Cid crea un Don Quijote. Ante una realidad heroica, el español muestra su espontánea sencillez, hija de su propia estimación, que llega a adquirir alardes de modestia ejemplar. Ante una realidad insulsa y vulgar, esta necesidad de vivir heroicidades, tan nuestra, se desvía y retuerce en una curiosa introversión que crea toda una sintomatología social. Que los pícaros, matones y demás flor de vividores no son, casi siempre, otra cosa que frustrados héroes ataviados de miseria ambiental.

Vivamos, pues, plenamente, toda la riqueza heroica de nuestra hora. Y cerremos este breve tratar de sim-



bólicos héroes con ese honrarnos que nos aporta el sentirnos unidos, en el amor a España, al vértice ejemplar de nuestros caudillos: Francisco Franco, Gran Capitán de la hispanidad en este quebrar albores del nuevo Imperio.



# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—LO QUE OCURRIÓ .....	5
Alfonso VI .....	7
Los hechos del Cid .....	9
Rodrigo Díaz de Vivar .....	12
II.—EL POEMA DE MIO CID .....	17
III.—TEXTOS Y CLAVES .....	23
1.—Tono ambiental... ..	27
Paisaje y color .....	27
Lujo, presentes, botín .....	31
2.—Tono somático .....	41
3.—Tono psíquico .....	47
4.—Tono heroico .....	59
Las armas .....	59
Huestes y mesnadas .....	61
Táctica .....	74
El héroe. Un héroe total: Mio Cid .....	82
IV.—CLAVE FINAL ....	127



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN MADRID, EN LA IMPRENTA DE  
SILVERIO AGUIRRE, GENERAL ÁLVA-  
REZ DE CASTRO, 40, EL 2 DE FEBRERO,  
DÍA DE LA PURIFICACIÓN DE LA SANTÍ-  
SIMA VIRGEN, DEL AÑO DE GRACIA DE  
MCMXLII, OCHO SIGLOS DESPUÉS, APRO-  
XIMADAMENTE, DE SER ESCRITO EL  
POEMA DE MIO CID





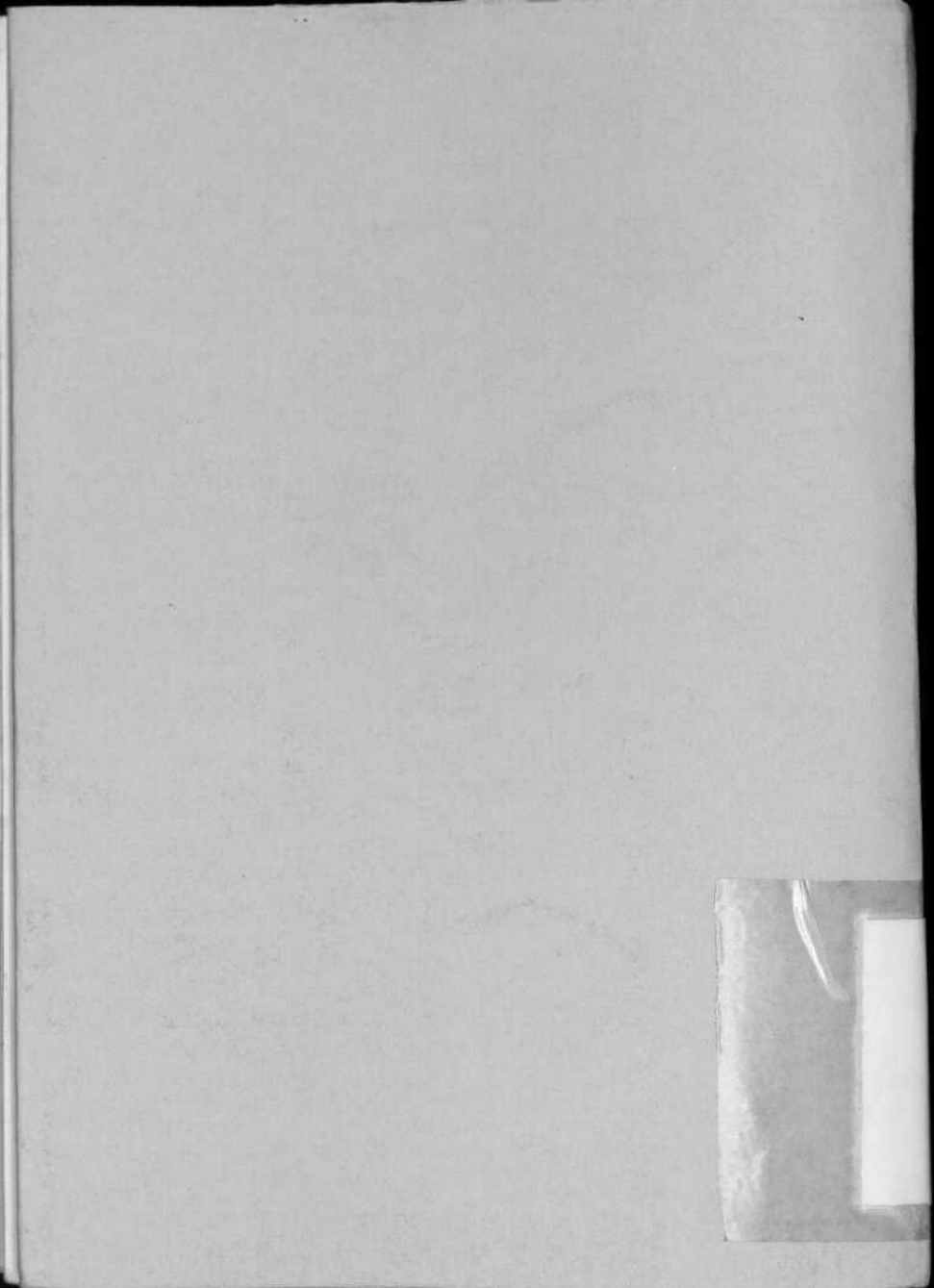












G - 5375



5375